
PROA



Nº 5

B-AIRES

Robes
Manteaux
Chapeaux
Fourrures
Coiffures
Gants
Parfumerie



Produits
de beauté
Massage
fascial
Manucure
Chaussures
de luxe

AUGUSTE

Esmeralda 1048 U. T. 41, Plaza 1847 Buenos Aires
U. T. 41, Plaza 1806

KERTEUX

LIBERTAD
1249



Buenos Aires
Unión Telefónica 41
Plaza 0831

ANTIGÜEDADES

COMMERCE

COMITÉ DIRECTIVO

PAUL VALERY
VALERY LARBAUD
LEON PAUL FARGUE

7 RUE DE L'ODEON
PARIS

La Nouvelle Revue Française

Revista Mensual de Literatura y Crítica

II.º AÑO

Director: JACQUES RIVIERE
Secretario: JEAN PAULHAN

Aparece el día 1.º de cada mes

3 RUE DE GRENELLE (VI)
PARIS

INTENTIONS

REVISTA MENSUAL

M. PIERRE ANDRÉ - MAY
DIRECTOR

RUE PHALSBURG (XVII)
PARIS

La Revue Europeene

REVISTA MENSUAL

COMITÉ DIRECTIVO

EDMOND JALOUX
VALERY LARBAUD
ANDRÉ GERMAIN
PHILIPPE SOUPAULT

Aux Editions du Sagittaire en lo de
SIMON KRA

6 Rue Blanche PARIS

REVUE DE L'AMERIQUE LATINE

Llega a Buenos Aires hacia el 25
de cada mes

DIRECTOR
E. MARTINENCHE

2 Rue Scribe
PARIS

REVISTA "R O D Ó"



CASILLA 6019
SANTIAGO DE CHILE

EDICIONES SAMET

NOVEDADES

Evar Mendez.—Las horas alucinadas. Nocturnos y otros poemas. (Ilustraciones de Alfredo Guido) . . . \$ 2.50

R. Saenz Hayes.—Blas Pascal y otros ensayos. Estudios sobre autores franceses, españoles e ingleses. . 2.50

R. Zapata Quesada.—La infidelidad de Penélope. Primer premio del Concurso Literario de Cuyo . . . 2.50

FONDO EDITORIAL

Eduardo Gonzalez Lanuza.—Prismas . . . \$ 1.80

Héctor I. Eandi.—Pétalos en el estanque . . . 2.—

Nora Lange.—La calle de la tarde. 1.—

C. Delgado Flto.—Sed . . 1.50

Pedro Leandro Ipuche.—Alas Nuevas 2.—

Pedro Leandro Ipuche.—Tierra Honda 2.—

Francisco M. Piñero.—Cerca de los hombres . . 0.40

TODOS LOS LIBROS

Servicio especial para provincias

Av. de Mayo 1242

BUENOS AIRES

Noticias Literarias

Revista Mensual
de Bibliografía y Crítica

DIRECTOR
CESAR OLMOS

SUSCRIPCION ANUAL \$ 2

CANGALLO 876

2º PISO

VALORACIONES

Humanidades, Crítica y
Polémica

Director
Carlos Américo Amaya

Revista editada por el
grupo de estudiantes
"RENOVACION"

Administración
57 N° 404 La Plata

TESEO

Director
EDUARDO DIESTE



RECONQUISTA 539
MONTEVIDEO

Martin Fierro

Periódico quincenal
de Arte y Crítica libre



Dirección y Administración
27 - BUSTAMANTE - 27

REVISTA DE OCCIDENTE

Publicación mensual

Director
José Ortega y Gasset
Secretario de Redacción
Fernando Vela

MADRID - Apartado 12.206
Avenida Pi y Margall 7
(2o. Trozo Gran Vía)

CLARIDAD

Arte - Ciencia - Crítica

Correspondencia a
CARLOS CARO
Casilla 5325
SANTIAGO DE CHILE

Agencia en Buenos Aires
J. SAMET
Avenida de Mayo 1242

EL PIANO BECHSTEIN

reune en su construcción las más altas cualidades
acústicas y mecánicas conseguidas hasta el presente
De ahí el encanto que producen sus voces claras,
armoniosas e incomparablemente bellas, en el
ánimo de quien las oye.



Pueden
adquirirse
con
facilidades
de pago

Harrods

Bs. As. Ltd.

Departamento de MUSICA
planta baja.

Representantes exclusivos

PROA

Año primero 、 DICIEMBRE 、 Número cinco

JORGE LUIS BORGES
BRANDAN CARAFFA
RICARDO GÜIRALDES
PABLO ROJAS PAZ



BUENOS AIRES DE 1924



REDACCIÓN:

AVENIDA QUINTANA 222

EXCLUSIVIDAD DE VENTA J. SAMET — Av. DE MAYO 1242

S U M A R I O

<i>Benjamin Jarnés</i>		Los tres Ramones
<i>Nora Lange</i>		Poema
<i>Ricardo Güiraldes</i>		Un poeta
<i>Paul Emile Bécot</i>		Retrato de Léon Paul Fargue
<i>Léon Paul Fargue (trad. R. Güiraldes)</i>		<i>Aeternae Memoriae Patris</i>
<i>Jorge Luis Borges</i>		Después de las imágenes
<i>Raúl González Tuñón</i>		Poema
<i>Guillermo de Torre</i>	..	El Dim Pam Pum de Aristarco
<i>Evar Mendez</i>		Poemas
<i>Gustav Klimt</i>		"Dos hermanas" dibujos
<i>Pablo Rojas Paz</i>		El árbol y la aurora
<i>Enrique González Tuñón</i>		Brújula de bolsillo
<i>Omar Jaiyam (trad. Jorge Borjes)</i>		Rubaiyat
<i>Bermudez Franco</i>		Algo que dijo Taine
<i>Luis Dieguez</i>		Poemas
<i>Redacción</i>		Comentarios

V I Ñ E T A S D E P E T T O R U T I

LOS TRES RAMONES

Si en la moderna ruta de la inquietud literaria española jalamos tres puntos, dos extremos y uno medío, las tres banderitas llevarán el nombre de "Ramón". Un espíritu agudo nos dió atada la gavilla: Valle-Inclán, al comienzo del camino; Pérez de Ayala, con un pie resbalando hacia el pasado y el otro pie fijo en la hora actual; Gómez de la Serna, donde la senda se anuda con el futuro... Pero el stock de mayúsculas es sólo del último, de RAMON.

Etapas en la que los tres dejan su huella bien distinta: Valle-Inclán, una estela soncra; Pérez de Ayala, un sureo de rastrejo, de espigador del idioma; Ramón un zigzag palpitante, una ágil culebrina. Tiene el primero el ritmo y el segundo la ironía. Ramón tiene la sorpresa. Mientras los dos primeros urdían lentamente sus partituras o sus esquemas, Ramón hacía estallar en la calle, puñados enormes de cohetes. Mientras la vieja prosa desteñida buscaba nuevos afeites o se ufanaba en prenderse viejos camafeos, el verdadero ramonismo saltaba al arroyo, ciñéndose cadenas de papel, collares de cristalillos de color que a tantos parecían vidrios cuando pocos dejaban de ser brillantes.



Ahora es preferido el traje corto, sin tanto peso de bordados. De la antigua bisutería metafórica queda apenas algún hilillo de pro, tejido, no superpuesto en la tela. El traje corto deja ver más clara la buena musculatura, denuncia los organismos raquíticos... Por eso es odiada por los viejos. Pero siempre queda un resto de atención para esa llave de plata del marqués de Bradomín con que se cierran los cofres suntuosos del idioma, donde se van amontonando tantos embarazosos sayales, tantos recamados ropones.

Valle-Inclán aderezará muchas sutiles armazones donde colgar los terciopelos desteñidos del ochocientos, hechos luminosos por una lluvia de lentejuelas nuevas. Es el último gran maestro de una Orden de Caballería literaria que aun se ciñe tizona y arrastra su túnica de pomposo damasco: una túnica sonora, porque lleva prendidas a los bordes las campanillas aureas del antiguo pontifice. Su prosa, lleva un festón rítmico, que convierte al gran maestro en el último retórico musical, en el juglar de las princesas y pajes soñadores, en el poeta de los esquemas místicos donde los manojos de temas sugieren la idea de ciertas capillas heterodoxas, para aturdir a las almas sencillas...

Valle-Inclán es cumbre en esas parcelas del arte donde se suelen borrar linderos y las musas hermanas se ceden galantemente sus atributos. Es este el prado de suave acceso a los transeuntes, donde brota el poema sinfónico descriptivo, la oda pictórica y la tabla dramática. Se llega a confundir el pincel con la batuta, el arquitrabe con la partitura. Se duda si una prosa estará escrita sobre papel pautado... El torbellino de la inquietud estética no precisaba bien los desfiladeros.

La orquestación de las "Sonatas" hace pensar en una agrupación de filarmónicos ante quien la batuta del maestro traza sus cruces ideales. Al urdir la trama sinfónica, no pensó el marqués de Bradomín en hallar temas nuevos sino armonizaciones nuevas, trinos y fermatas más limpios. Pero siempre quedan finales de "sonata" que tienen la solemnidad retórica de un rotundo calderón.

En él sólo tropezamos con hallazgos rítmicos, con hondas vibraciones del metal, aunque a ratos saltan en la cuerda los dulces ruiseñores. Parece que esas buenas hadas del arte no le otorgaron el don de la metáfora sino a condición de ponerla siempre en música, con la intención—y la ventaja—de que la letra, como es frecuente, pasase inadvertida.



Se atraparon a Valle-Inclán libretos poco originales. Bromas de la vieja crítica, tan infantil. Pero en esas reiteraciones sólo vemos nosotros cierta armonía de la obra con la calidad de resumen del autor. Valle-Inclán es un bello resumen del ochocientos. Recogió de la pasada centuria todos los gestos...y todas las gestas más bizarras, más próceres. Bradomín es el último linajudo de las letras. Detrás de él, vienen ya los atildados turistas, los diplomáticos...Valores de nueva aristocracia con menos empaque, con menos blasones, pero de sangre más rica y de kodak más nutrido. El noble Bradomín fué un poco desdeñado por estos otros caballeros que prefieren la sangre roja.

Si, tal vez el "feo, católico y sentimental" marqués es demasiado linajudo para esta hora de sencillez y de serenidad. Ni él ni ningún otro marqués pueden ya asombrarnos; nos cansa el ritmo y la perversión. A la música se la lleva el viento y los sabrosos pecados fueron desliendo su sal en la charca del arroyo. Ya cualquier tendero puede padecer neurosis.

Aun en los llamados "Esperpentos" no sufre Valle-Inclán otra inquietud que la del ritmo. Sus frases son siempre de "sonata", las repita un tabernero, un vulgar bohemio o un gobernador civil de sus últimas escenas de considerable dramaturgo. El libreto sigue pareciendo esclavo de la partitura. Van los personajes lanzándose pelotas de goma lírica que rebotan en las calvas y en los mármoles de esos pícaros cafés del ochocientos, ya para siempre sepultados con toda su vehemente retórica, con todo su espumoso ideario de reconstrucción social.

Ya la política está muy lejos del arte y la música más separada de la letra. El poeta moderno pinta menos y ha roto la antigua lira. Apenas quedan rascacielos retóricos de infinitos ladrillos de estrofas, de pintados adobes de prosa.



De algún viejo Instituto de provincia, clausurado, debió salir ese amable grupo de enjutos profesores que hoy van asomando la

calva rosada e irónica por las novelas de Ramón Pérez de Ayala. Son antiguos camaradas que saben bien sus clásicos. Paseaban juntos en las tardes de sol de la silenciosa urbe, viendo a lo lejos, entre glosas picantes recogidas en Juan Ruiz o en ciertos procaces italianos, a las muchachas casaderas. Ellos meditaban sobre el amor y las mujeres. Tenían el corazón amojamado y podían razonar estas cosas a su antojo. Mientras lo razonaban, claro está, se les huía.

Aquellos amables catedráticos se repartieron por los libros del sagaz novelista. Alguno se disfrazó de zapatero, quien se disfrazó de capellan; otros conservaron su delicioso gorrito de domine. Todos reían socarronamente como quien está en el secreto... El secreto era otro. Frente al torbellino de la calle, sufrían la tortura de su escasa agilidad. Iban demasiado llenos de residuos de biblioteca para atreverse a danzar con las muchachas. Si alguna vez lo intentaron, fué su baile un cómico minué. Y a cada movimiento les asomaba un canto de infolio por encima del atildado paletó. Estaban mejor jugando en la provincia a esos juegos de prendas en que se buscan las palabras más ocultas para darse cada minuto una sorpresa infantil... Aunque su salud es robusta, tienen los huesos duros para la danza. Andan un poco rígidos, estos amables profesores de Instituto clausurado; sus vértebras no gozan de muy suaves engarces.



Ya aprendimos que el arte ha de tocar en la realidad “con solo la punta de un pie.” Cuidado con falsear la lección y utilizarla con exceso. Cuidado con apoyar en la erudición, la punta del otro pie. Hay que lanzarse al viento y buscar en las alas un equilibrio armonioso. No formar con ambas piernas un puente mezquino para ver pasar la vida. El mirador del arte no ha de ser un pretil cualquiera o menos un arco de tan dispares columnas. El mirador del arte ha de abrirse en una de esas cimas que van desde la Acrópolis a la Torre Eiffel, en una de esas terrazas de tan difícil acceso a los curiosos, de imposible arribo a esos hombres abarro-

tados, nunca decididos a abandonar el equipaje en el primer peldaño de la angosta escalerilla.

Preferiríamos que en este desfile de esquemas, mitad reales, mitad geométricos de Ramón Pérez de Ayala, perdiesen todos su escasa realidad. Era mejor que ver esta mixtificada con polvo de archivo. La realidad es un pájaro enjaulado que el arte suele dejar en libertad. Al abrir la portezuela, no le atemos al cuello sabios papelotes, no le ciñamos collarines de bazar, sino esa ligera cinta azul en que quedó impresa la huella de nuestro interior telegrama.

También este Ramón siente el halago del viento libre y de la luz cimera, pero no siempre vuela el pájaro. Suele tener plomo en las alas, y lo que parece en él un vuelo, no es más que un salto. Os seducirá un instante; le querreis atrapar y se os huirá coquetonamente, trazando una curva ingeniosa. Le es vedado el vuelo franco, ese vuelo que no pretende seducir ni burlar, sino palpar, arriba, indiferente. El espíritu creador vuela siempre. La gracia está en el vuelo, como está en el salto la ironía, la travesura. La ironía es una hermana menor del arte, pero las hermanas más queridas son la gracia y la sorpresa.

Tiene el arte selvas vírgenes y parques bien podados; también tiene jardinillos de minuciosa arquitectura donde cada tallo recibe su dosis de riego, donde el abono se reparte según muy pensadas recetas. El jardinero es a la vez terapeuta y orfebre, y prepara para los ojos muelle ribazo donde el cerebro ahito de los banquetes filosóficos hallará el postre delicioso: el postre de la ironía.

Si en las selvas excesivas habría de precedernos un hacha, al entrar en estos coquetones jardinillos donde aun el sol es tamizado y repartido, tejeríamos una fina red de sonrisas para saludar al artífice botánico; olvidáramos el hacha por cruel, aunque escondiendo unas tijeras para algún brote asimétrico, o una azadilla para desnudar riendo las raíces someras... Tal vez el jardinero se complace en las metálicas irradiaciones del azadón, olvidando la

hondura del surco. Es un "virtuoso", y todo "virtuoso" reparte en torno puñados de luciérnagas para ocultar risueñamente la ausencia o las cenizas de una interior estrella.

Ironista "profesional" es lo mismo que virtuoso empedernido. Es un marlista en tono menor, un filósofo con sordina que tiene todas las virtudes pequeñas y pretende caricaturizar todas las grandes. Tiene miedo a mancharse los dedos y se enfunda las manos en guantes primorosos. Es irresponsable. Si da un golpe mortal, él mismo irá a levantar piadosamente al caído.

La ironía es un ensayo de la facultad de odiar. Se apoya en el acento no en la substancia de las cosas. Como todo otro "primor" es obra de ingenio, no de creación. La ironía quiebra las líneas de las cosas, esparce humaredas para borrar contornos. No puede la ironía ser cualidad permanente de la obra grande, porque esta es siempre juvenil y la ironía es rosa de otoño.



Urbano y Simona son Adán y Eva antes de conocer a la serpiente. Pero Urbano y Simona tuvieron su Edén en cierta biblioteca de casino provinciano. Su creador intentó hacerlos andar desnudos, pero la desnudez resultó excesiva: fué una desnudez recetada por algún platónico terapeuta. Urbano y Simona se nos ofrecen desnudos de equipaje de ideas, pero también de instintos. Con la camisa, se fué pegada la carne y quedaron dos esqueletos ambulantes, escapados de sus vitrinas de museo antropológico. O dos esqueletos, escapados de sus vitrinas de museo antropológico. O dos esquemas llovidos del cielo platónico que aguardan su realización, pacientemente, hasta la última página de la novela. Algunos personajes, camaradas suyos, tienen menos fortuna: Nacen desnudos de carne y de sangre, y llegan al epílogo sin que nadie los vista, con el cráneo mondo muy nutrido de sentencias, y un magnífico manto retórico sobre los hombros esquinados.

Asombra ver en estos libros, esa rara habilidad de conseguir para cada concepto un movable maniquí que lo soporte y lo luzca

por los escaparates de la novela. Recuerdan estos libros a ese gran taller donde cada intención de la moda tiene a mano su soporte para mostrar la nueva "creación" a los clientes; tiene su maniquí, aparentemente vivo, aunque sólo se mueve por fáciles resortes de metal. El traje no fué creado en vista del soporte, puesto que el soporte fué buscado para lucir la "creación". Esta no podrá nunca dar vida al maniquí, puesto que es el maniquí el que debe hacer vivir el traje.



El verdadero Ramón tiene también su "truco." Nos lo dejó adivinar en uno de sus libros penúltimos. "El chalet de las rosas," libro capaz de redimir al folletín de todos sus pecados. "Hay tanta serenidad en las cosas frente al crimen como frente a la franquichela"—se nos dice en el libro—. Con esto Ramón revela ingenuamente su maravilloso "truco". El no turba nunca esa serenidad; él no arroja nunca piedras al lago, ni con el pretexto de hacer vibrar sonoramente las ondas, ni con el afán de hacer saltar espumas irisadas. El deja que todo—un patíbulo, un lecho de placer, un puñal, una botella, un farol, una nube...—irradie lejos de la emoción común, zona turbia, tan peligrosa como la ancha avenida del sentido común. El aloja las cosas en su arbitrario marco estético, y cada "capricho" suyo, que parecía saltar junto a nosotros guiñándonos los ojos y cosquilleando nuestra nuca con el ramito verde de una greguería, estaba realmente muy lejos de la trivial atmósfera cotidiana. Ese mismo "Chalet" que nos apreció haber visto en un arrabal madrileño, apenas tiene abierta una ventana hacia la plebe transeunte.

Folletín o epopeya, mármol o barro, Judit o Fémica Aviónica son lo mismo para el arte. La obstinada preferencia es en él limitación. Habría que felicitar al buen folletín y no pensar en que pudo ser poema.

Madrid, 1924.

Benjamin Jarnés



Gustav Klimt

P O E M A

Hay una frescura de ocaso
en la sombra ya suelta de cada árbol
y el silencio agranda la tarde.
Cada día es un latido menos que da
el corazón del Poniente.
Mis manos saben a ternura;
las noches fueron siempre incendios de luna.
Tu recuerdo ciñe la calle.
Por la ventana abierta entra la noche
fuerte como el deseo.
De su oscuridad vendrá la mañana
para que mueran juntos
¡mi corazón y el alba!

Nora Lange.

U N P O E T A

(Continuación de "Un Hombre", publicado en el número anterior.)

De Léon-Paul Fargue no he oído conferencia ni he ido a su casa. En cambio lo veo cada vez que voy a lo de Monnier y sus poemas están sobre mi velador, cotidianamente.

La barba neta acentúa juventud; los ojos largos son á menudo pesados de *reino interior*; la frente es importante como un velámen. Hay algo récio en la belleza de los rasgos finos. Fargue es el hombre que, cuando habla, me da más la sensación de despilfarro. Una riqueza cae en el oído de los que escuchan y se desperdicia para los demás.

La fantasía parte, segura, con torsión de fuego artificial aumentada en increíble gama de colores. A veces se cree estar en pleno disparate, pero luego la soledad le hace a uno recordar extraños espejismos, y entonces viene una valoración tardía de lo que oímos.

La verba truenlenta del poeta es honda en el sentir, brava en el sarcasmo, precisa en la metáfora, Pantagruélica en la gracia. Fargue dice en pasión o en risa cosas más grandes que "tamaño natural".

Fargue pretende que conforme existen premios literarios deberían existir castigos. Sigue a esta aseración la lista de los acusados con su correspondiente pena. Para tal mal crítico de mal teatro Boulevardero, que come en razón directa de su imbecilidad, tan querida por los imbéciles, desfila una increíble tortura de tinta inyectada, indigestiones de papel impreso adobado de plumas rotas

por el uso y lapiceras mascadas, repetición ritmada de grotescos insultos a su uso....y mil suplicios cuyo ingénio no puede enumerar mi torpeza, hasta llegar a borrarlo frotándolo con goma como una frase de inmoral estructura. Se crearía estar frente de alguno de esos desopilantes juicios finales de pintura primitiva.

Fargue no puede vivir de su literatura porque escribe demasiado poco y demasiado bien; su vida material depende de una industria de lámparas de arte, copas y otros vidrios, heredada de su padre. Hace poco casi puso sal en la cola de la riqueza. Habíanle propuesto comprarle todo lo que fabricara. El contrato estaba firmado. ¿Porqué fallo el negocio? Fargue me lo explicó: Un exceso de optimismo lanzó a sus socios en las más abstrusas especulaciones. Ampliaron su negocio vendiendo escopetas de un caño y tres gatillos, ovejas que recitaban La Fontaine, casas que se negociaban a sí mismas, cepillos de astracán para falsear cajas de hierro. Pusiéronse a fabricar sombreros de marfil, quesos que daban la hora, dentaduras postizas que al comer tocaban la sonata de Kreuzer, chalecos de piel de hipopótamo con jaulas para mirlos verdes y....

La conclusión de Fargue era lógica: una casa así debía quebrar, dejando inválidos los contratos firmados.

Fargue queda pues en su situación anterior y el "time" que es "money" no le deja hacer literatura con su genio.

¿Porqué una capacidad demasiado grande es tan inútil como la absoluta incapacidad?

"Los extremos se tocan", diran los ventriplenos.

Pero cuando esa capacidad para un trabajo es al mismo tiempo, no solo lo mejor que puede dar de sí un hombre sino también la época, ¿no es uno de los peores sarcasmos el que ni comprendan ni se interesen sino que odien al capacitado los que son rémora de esa misma época?

La hormiga obtusa no quiere dar nada a la cigarra que hace cantos de la luz y se lo dice con una saña que hace sentir inconfesada envidia.

Fargue es un continuo creador de ideales y se queda ante ellos con la tristeza de verlos desaparecer sin haberlos gozado.

Fargue sufre de encontrar tanta alma a las cosas sin por eso corregirse de su manía de darla a quien no la tiene.

En el pequeño tomo de poemas en prosa y verso que releo, existe su universo. La obra sintética puede mirarse a antojo por diferentes lados y á menudo una frase sugiere problemas análogos a "La Pénultième est morte" de Mallarmé.

Sorprende es encontrar la nota de tristeza melancólica que muchos habían cercenado, por cobardía, de su personalidad, reviviendo, subrayada por viril amargura, una existencia fuerte. Todo sugiere. Lo que pudiera encontrarse en un barrio ferrocarrilero o de pequeños burgueses privados de ansiedad, sirve para significar la mayor desolación y aguzar los más funambulescos lirismos.

Pobre poeta; hipertrófia de ternura que no encontrará manos en las cuales caber. Niño sin cuna capaz de contenerlo y que grita en la soledad de las noches, desesperantes por su facultad de acoger dolor sin devolver consuelo.

La vida le ha quedado chica y no puede mandarse hacer otra. Entretanto canta:

Un París lejano del que sufre el paso de los extranjeros que no saben gozar sino lo comprado. Arrabales erizados de tubos de zinc humeantes. Casi siempre un tren pasando con brutalidad su hierro y su grito. Lámparas dolorosas de intimidad; paredes altas y lisas que encierran en los baldíos, cubos de aire sin destino.

Prostitución de deshecho. Carne ultrajada como el aserrín de las salivaderas, bajo trapos coruscantes que llaman las miradas rotas de los borrachos. Algo de luz en el frío de los vidrios o en alguna arista de techo.

Y entre lo descrito, él que se escribe: Gran sufrimiento hecho de sensibilidad y nostalgias, encerrado en el tubo de las calles sucias, lastimándose los ojos contra el dolor de esas fealdades cansadoras, en una desesperación de luz inútil, rodando sobre si misma

la madeja de su fiebre, como un faro que mirara lo creado por su propio ángulo visual, sin poderlo mostrar a los que viven con pupilas muertas.

A la segunda y tercer lectura, algo que habíamos pregustado con prisa de quien quiere ir al carozo de un sentir, va constituyéndose con precisión de hielo en la superficie :

El estilo.

Un segundo sabor, lo que podría llamarse el supersabor de las obras maestras va tomando cuerpo en el análisis intuitivo. Se sienten nacer valores sutiles más aptos a la degustación definitiva. Está todo lo que en general se precia y algo más: Un resquemor vago que impone el misterio del verbo acariciado en sus prístinos centros de sonido y de ritmo. Las letras, sílabas y palabras, manejadas como números de infinitas concordancias.

Todo el libro parece "Pour la Musique". Pero ¿es posible que otro pueda ceñirse a la precisión insalvable del texto ? Eso está demasiado hecho para que nadie pueda intentarlo sin falsear, o sin demasiado hecho para que nadie pueda intentarlo sin falsear, o sin transmutarse en el mismo autor de los poemas que son música sin pentágrama.

En cuanto a equilibrio en la composición, no conozco nada más acabado desde Baudelaire. Concepto en sonido y ritmo. Habría que aprender de memoria.

Cada poema es una talla y no hay que dejarse enceguecer por una faceta, porque la vecina guarda una equivalencia: Nivel nunca interrumpido, sin caídas, sin agujeros. Si la literatura tuviera superficie, en ningún libro encontraríamos mejor placer para nuestras manos.

Ricardo Güiraldes.



Paul Emile Bécot
Retrato de Léon Paul Fargue

Aeternae Memoriae Patris

Un solo ser os falta

Y todo es vacío

Desde entonces, para siempre, suspendido
en mi frente y que me hace daño,

Deslavado, atezado de salitre como una
telaraña que pende en un sótano,

Un velo de lágrimas siempre pronto a caer
sobre mis ojos.

No me atrevo a mover la mejilla; el menor
movimiento reflejo, el menor tic

Acaba en llanto.

Si un instante olvido mi dolor,

De golpe, en medio de una avenida, bajo el
soplo de los árboles,

En el apretón de las calles, en la angustia
de las estaciones,

Del brazo de un viejo amigo que habla con
cariño,

O en una queja lejana,

Al llamado de un silbido que expande frío
por los hangares,

O en un olor de cocina, una noche,
Que recuerda silencios de antaño en la
mesa.....

Traído por la menor cosa

O tocado como por un golpe seco del dedo
de Dios sobre mi ceniza,

¡Resucita! ¡Y me transpasa con golpe mortal
salido de la invisible batalla,

Tan fuerte como la catástrofe que horada
el túnel

Tan pesado como la ola que se forja en un
mar inmóvil,

Tan alto como el volcán lanza su corazón
a las estrellas

¡Te habré pues dejado partir sin devolver-
te nada

De todo lo que de tí me habías puesto en el
corazón?

Yo te había cansado de mí, y me has dejado

Y ha sido necesaria esta noche de estío pa-
ra que comprendiera.....

¡Piedad! ¡Yo que quería..... No he sabido!
... ¡Perdón, de hinojos, perdón!

Que me derrumbe al fin, pobre osario que
se desploma, pobre bolsa de herramientas de la

cual la vida se descarga con un golpe de hombro, en cualquier rincón.

Ah yo os veo mis amados. Mi padre, yo te veo. Yo te veré siempre extendido sobre tu lecho,

Justo y puro delante del Maestro, como en el tiempo de tu juventud,

Juicioso como una barca amarrada en el puerto, velas recogidas, fanales apagados,

Con tu sonrisa misteriosa, contrita, para siempre fija, orgulloso de tu secreto, relevado de toda tu labor,

En poder de todas las manos de las luces derechas y endurecidas en el pleno día,

Con las flores que habían cortado para tí sobre la terraza;

Mientras una canción de pobre lloraba por sobre los techos de los talleres en un patio,

Mientras el ruido de los pasos apurados tropezaba equivocado en todas partes,

¡Y los tambores de la muerte abrían y cerraban las puertas!

* * *

Te he buscado, te he sobrellevado
Dondequiera. — En el quiosco vacío de un

square desierto, donde estaba solo

Ante la reja del anochecer que zozobra y se extingue, como un bajel que arde, tras la arboleda...

Un día... en cualquier ciudad de provincia de ojos semi-cerrados, que jira y se apaga

Ante la caricia presurosa de los expresos...

En una tienda donde se desplazan con hastío, rostros de ceniza;

Por la plaza vacía donde sopla el olvido;

Por las arrugas de las calles, en los gritos de los viajes.....

Al alba, extra-muros, en un suburbio de usinas,

A la vuelta de una pared, un chaparrón de carbones lanzado por manos invisibles;

Un caño que humea sollozando.....

En los arrabales y las callejas sin salida donde mugen las sirenas, donde los aserraderos se quejan, donde un renacer de llama, sorprende a los bomberos a la hora en que los ricos duermen.....

Una noche en un bosque, bajo la multitud atenta de las hojas que miran allí arriba filtrar las estrellas,

En el olor de las primeras mañanas y de los cementerios,

En la sombra donde se han apagado los

almuerzos sobre la hierba,
Dondequiera he buscado sorprender la
vida

En el signo de inteligencia del misterio
He buscado, he buscado lo inencontrable...
¡Oh vida, déjame caer, suelta mis manos!
¡Bien ves que no eres más tú! ¡Es tu re-
cuerdo quien me sostiene!

Léon Paul Fargue.

(trad. R. Güiraldes)



Después de las imágenes

Con el ambicioso gesto de un hombre que ante la generosidad vernal de los astros, demandase una estrella más y, oscuro entre la noche clara, exigiese que las constelaciones desbarataran su incorruptible destino y renovaran su ardimiento en signos no mirados de la contemplación antigua de navegantes y pastores, yo hice sonora mi garganta una vez, ante el incorregible cielo del arte, solicitando nos fuese fácil el don de añadirle imprevistas luminarias y de trénzar en asombrosas coronas las estrellas perennes. ¡Qué taciturno estaba Buenos Aires, entonces! De su dura grandeza, dos veces millonaria de almas posibles, no se elevaba el surtidor piadoso de una sola estrofa veráz y en las seis penas de cualquier guitarra cabía más proximidad de poesía que en la ficción de cuantos simulacros de Rubén o de Luis Carlos López infestaban las prensas.

La juventud era dispersa en la sombra y cada cual juzgábase solo. Eramos semejantes al enamorado que afirma que su pecho es el único enorgullecido de amor y a la encendida rama sobre la cual pesa setiembre y que no sabe de las alamedas en fiesta. Con orgullo creíamos en nuestra soledad ficticia de dioses o de islas florecidas y excepcionales en la infecundidad del mar y sentíamos ascender a las playas de nuestras corazonas la belleza urgente del mundo, innumerablemente rogando que la fijásemos en versos. Los novilunios, las verjas, el color blando del suburbio, los claros rostros de las niñas, eran para nosotros una obligación de hermosura y un llamamiento a ejecutivas audacias. Dimos con la metáfora, esa acequia sonora que nuestros caminos no olvidarán y cuyas aguas han dejado en nuestra escritura su indicio, no se si comparable al signo rojo que declaró los elegidos al Angel o a la señal celeste que era promesa de perdición en las casas, que condenaba la Mazorca. Dimos con ella y fue el conjuro mediante el cual desordenamos el universo

rígido. Para el creyente, las cosas son realización del verbo de Dios—primero fue nombrada la luz y luego resplandeció sobre el mundo—; para el positivista, son fatalidades de un engranaje. La metáfora, vinculando cosas lejanas, quiebra esa doble rigidez. La fatigamos largamente y nuestras vigiliass fueron asiduas sobre su lanzadera que suspendió hebras de colores de horizonte a horizonte. Hoy es fácil en cualquier pluma y su brillo—astro de epifanías interiores, mirada nuestra—es numeroso en los espejos. Pero no quiero que descansen en ella y ojalá nuestro arte olvidándola pueda zarpar a intactos mares, como zarpa la noche aventurera de las playas del día. Deseo que este ahinco pesa como una aureola sobre las cabezas de todos y he de manifestarlo en palabras.

La imagen es hechicería. Transformar una hoguera en tempestad, según hizo Milton, es operación de hechicero. Trastrocar la luna en un pez, en una burbuja, en una cometa—como Rossetti lo hizo, equivocándose antes que Lugones—es menor travesura. Hay alguien superior al travieso y al hechicero. Hablo del semidios, del ángel, por cuyas obras cambia el mundo. Añadir provincias al Ser, alucinar ciudades y espacios de la conjunta realidad, es aventura heroica. Buenos Aires no ha recabado su inmortalización poética. En la pampa, un gaucho y el diablo payaron juntos; en Buenos Aires no ha sucedido aun nada y no acredita su grandeza ni un símbolo ni una asombrosa fábula ni siquiera un destino individual equiparable al Martín Fierro. Ignoro si una voluntad divina se realíza en el mundo, pero si existe fueron pensados en Ella el almácén rosado y esta primavera tupida y el gasómetro rojo. (¡Qué gran tambor de Juicios Finales ese último!) Quiero memorar dos intentos de fabulización: uno el poema que entrelazan los tangos—totalidad precaria, ruin, que contradice el pueblo en parodias y que no sabe de otros personajes que el compadrito nostálgico, ni de otras incidencias que la prostitución—, otro el genial y soslayado Reciénvenido de Macedonio Fernández.

Jorge Luis Borges.

ARBOL DE NAVIDAD

I

Salgo a pasear mi alma por las calles
largas de indiferencia.

Como las nubes
están jugando a la gallina ciega,
tropiezan y se hieren
y cae el agua sobre la insolencia
de este pedazo de Diciembre
que hace un momento ardiera.

Dentro de poco volverán los Reyes,
pero no tengo estrella.

Y llueve, y llueve, y sin embargo,
el deseo se agrupa en las vidrieras
y hay un olor a fin de año
y una cara de fiesta en esos niños
que debieron ser pájaros.
Y hasta en el delantal de las niñeras
hay olor a aguinaldo.

¿Se creará otra Liga y otro héroe?
¿Habrá guerra este año?

¡Alegría de luz en las vidrieras!
Yo soy un niño...
¿Y para mí no hay fiestas?
Yo soy un niño
que ha perdido el balero
del equilibrio, en un pantano.
¿Y para mí no hay fiestas ni tambores?
Digo: y la lluvia es el mejor regalo.

II

Alma mía que vas siempre desnuda:
cuida tu propio árbol.
Esperanza que tiemblas
tu luz intensa en mi buharda:
enciende farolillos de colores
en las canciones verdes de las ramas.
Arbol de Navidad: brota en mi alma.
Cuelga besos en cada hojita. Besos
que sin duda vendrán en esa carta
que hace días espero.

¿Qué voy a hacer ahora?
Voy a corregir pruebas a la imprenta,
o de esas niñas
voy a mirar las piernas?
¿Voy a entrar al café de La Cortada
para escribir el infaltable
cuento amargo de Pascuas?

¿Para inventar un niño que se muere
de frío en la mañana
mientras los papelitos de la nieve
caen en la calzada;
para que llore cuando lea el cuento,
aquella tía vieja
que tiene a "Genoveva de Brabante"
al lado de la cama, en una mesa?
¿Voy a cobrar valor,
como quien cobra alguna cuenta
y voy a derrocharlo
con esa modistilla casadera?

Corazón, corazón: estoy temblando.
Corazón, corazón: hazte vidriera.
Dame un malabarismo de colores
en mil casacas de Polichinelas.
Mira que yo fuí niño y tuve madre.
Mira que me besaron en la escuela.
Me siento David Copperfield,
solo en una ciudad que no me encuentra.
Yo quiero un panecillo de cariño.
Corazón, piensa en Ella...

¿Quién me busca el empleo
para ir a la ciudad dónde me espera?
¿Aún no pagué en la casa de pensión
aquella larga deuda?...

III

Y mi dolor, es una fortaleza.
Que nadie entre hoy.
Flamea la esperanza su bandera
sobre el torreón.

Arbol de Navidad: mira que es noche.
Que tus lámparas mágicas se enciendan.

—¿Eres tú, Juan Palotes?
¡Elige algo en mi vidriera!
¿Está lloviendo dices?
¿Está lloviendo y no me daba cuenta?
Camarada: yo soy un optimista.
¿Está lloviendo, dices?
¡Qué notable!

Mira mis ropas,
garabateadas de estrellitas...

Raúl González Tuñón

(Del libro en preparación: "Vidrios de colores")

El Pim Pam Pum de Aristarco

5

En un libro reciente, publicado por Eduardo Gómez de Ba-
cuero, ("Andrenio") y que lleva por título "El renacimiento de
la novela española en el siglo XIX" hay un extenso e importante
capítulo dedicado a "El ensayo y los ensayistas españoles con-
temporáneos." En él pasa revista a las personalidades de los escri-
tores que desde el 98 acá se han caracterizado como cultivadores
mas o menos sistemáticos y afortunados del ensayo: Unamuno, Or-
tega y Gasset, Azorin, Eugenio d'Ors, Perez de Ayala, Alomar,
Maeztu, Araquistain, Grandmontagne, etc. A algunos de ellos, a
los seis primeramente enumerados en particular deberemos re-
ferirnos, siquiera sea muy sucintamente al trazar un cuadro sinté-
tico de las figuras críticas contemporáneas. Ya que en las obras en-
contramos a veces algunas páginas de crítica sobre letras e ideas
del día, no con la continuidad que autorice a considerarlos como
críticos puros, mas sí con ciertos caracteres personales que incitan
a la glosa y aun a la contraréplica.

Fijémonos primeramente en "Azorin", siguiendo la campaña
rumberosa que, lícita y motivadamente, se ha levantado en una zona
de nuestra juventud contra el autor de "Lecturas españolas". En
efecto, de algunos meses a la fecha, un multitud de causas y con-
causas—su ingreso en la Academia de la Lengua, sus artículos elo-
giosos en "ABC" a gárrulos novelistas, su política de anexiones
promiscuas desde la Presidencia del P. E. N. Club—han desenca-
denado contra él varios ataques y revisiones de su obra por los
jóvenes. Artículos de José Bergamin. de Mariano Benlliure y
Tuero, y del autor de este ensayo, más un libro de César González

Ruano. No debe extrañar a nadie tal convergencia unánime de miradas críticas sobre un literato de aire aparentemente manso, tan poco solicitador de réplicas violentas. Ya que precisamente en la generación anterior a la nuestra hay pocas personalidades tan suaves como la suya. Está pleno, por una parte, de atracción y simpatía en aquellas de sus virtudes próximas a nuestros gustos modernos—¡hallazgo admirable de su estilo conciso, cortado, epigráfico y desarticulador, que acabó con el clausulón interminable y la grandilocuencia oratoria!—Y, por otra parte, en su última evolución, se nos presenta alicaído y senecto, lleno de contradicciones y de puntos débiles muy vulnerables...

Y aquí llega la oportunidad de establecer una distinción fundamental que yo deseaba fijar sobre su doble personalidad, y que ningún glosador ha acertado a vislumbrar. Uno de los más entusiastas. Ruano en su *Azorín* aludido, se limita única y tímidamente a trazar unas anotaciones—con el estilo y la técnica del maestro—al margen de su “Don Juan”, que sigue paso a paso, queriendo ver en él el arquetipo más logrado de la obra azorinesca, cuando a mí juicio, lo mejor de ella se halla en “La Voluntad” y en “Las confesiones de un pequeño filósofo.” Mas ni dicho crítico, ni tampoco ninguno de los restantes, no acierta a establecer una delimitación cardinal de Azorín, la que hoy más que nunca se impone: A un lado, el Azorín creador de su primer ciclo novelesco, donde descuellan sutiles interpretaciones de la “realidad espiritual” castellana, como flores de sensibilidad en el páramo de la enteca meseta tradicionalista, delicados “primores de lo vulgar—como dijo epigráficamente Ortega en “El Espectador.”—A ese mismo lado, paralelamente, el Azorín sagaz y fervoroso vivificador de los yertos clásicos, que solo con unas líneas sintéticas y preciosas acierta a darnos la clave de Garcilaso, de Góngora o de Cervantes. Y, al extremo opuesto, el Azorín actual, cómplice del “chirrión de los políticos”—empero su tardío arrepentimiento o, mas bien, deserción—apologista de los peores contemporáneos, Barnum de los

abastecedores novelescos, defensor del arte gregario (—¿que es eso del “arte para todos”? cada clase tiene su sensibilidad y sus módulos artísticos—) y míope ante la Belleza pura...

Azorin, deseando refutar probablemente las objeciones de algun joven que le reprochaba su entrega absoluta a la exhumación de textos clásicos y sus pasiva o desdeñosa indiferencia por la producción contemporánea, tan necesitada de sonoros altavoces que la lleven hasta la zona atrofiada del público, quiso corregir su error, dándose a leer y comentar los libros del día. Mas; ojalá no lo hubiese hecho nunca! Parece increíble que el cauto y delicado exégeta de antaño haya podido llegar—apresurando su senectud—a tales relajaciones del gusto, a tales aberraciones y confusiones de valores. Hasta el extremo de confundir en las mismas hipérboles elogiosas, en la misma aceptación beata—excepto, pero lo nuevo—a valores relativos, pero probados—a los que califica de geniales, como los novelistas postreros del pasado siglo, Alarcón, Valera—con ínfimos abastecedores novelescos de la actualidad, tales que Díaz Caneja, Gutierrez Gamero, Toral, Aguilar Catena y otros aun más oscuros e innombrables. Más si tal actitud le ha causado un descrédito irremediable entre nosotros, en otros sectores por el contrario, bien pronto ha podido recoger los frutos de tal conducta. Con razón ha escrito implacablemente José Bergamin sobre el actual post—Azorín, que a la Academia “no le ha llevado su verdadera cualidad de escritor sino esos otros méritos que ha estado haciendo durante toda le vergonzosa etapa literaria que conocemos....”

Dilucidada la posición actual, en el plano crítico, de Azorin, examinemos mas rápidamente la de otras personalidades. José Ortega y Gasset antes que filósofo y que orador pulido, es un literato auténtico y un robusto temperamento crítico. Ejemplificando en su misma obra su predicado “amor intellectualis”, o de compenetración anímica, de “inserción” bergsoniana, en todos los fondos mentales el autor de “El Espectador” ha adquirido una

suprema maestría en el arte de "llevar un hecho a la plenitud de su significado", por una original ruta de alusiones al contorno y de ramificaciones sugerentes. Mas Ortega, que tan sagazmente expuso su actitud criticista ante los hombres y las obras en una página prefacial de sus "Meditaciones del Quijote," poco es lo que hasta la fecha ha escrito sobre valores literarios contemporáneos—si exceptuamos al compromiso de juventud, el saldo de *duda* espiritual que significan sus ensayos sobre Baroja y Azorin en los dos primeros números del "Espectador". Después, su curiosidad políedrica le ha llevado a las zonas intelectuales mas disímiles. Y, solo recientemente, con sus ensayos inconcluidos sobre "La deshumanización del arte"—que en otro lugar tengo ocasión de analizar—donde se encara resueltamente con las características del arte novísimo, examinando la metáfora y el afán desrrealizador, ha reiterado su latente devoción a la crítica literaria.

En los "Ensayos" de Unamuno hay esparcidas algunas páginas escritas al hilo de los libros, que si no son propiamente de crítica literaria, nos revelan hasta que punto de plenitud hubiese llegado el talento de ese inquieto removedor ideológico aplicado a tal disciplina. Especialmente en su volumen, publicado hace unos dos lustros, "Por tierras de Portugal y de España" ha dedicado páginas muy sagaces a literatos portugueses, entonces aun no íntegramente revelados, como Teixeira de Pascoaes, Lionardo Coimbra y Eugenio de Castro, que tienen todo el valor de anticipaciones.

Eugenio d'Ors tampoco ejerce sistemáticamente la crítica, pero es, sin disputa, uno de los más agudos espíritus críticos de que podemos vanagloriarnos. En casi todos los volúmenes de su primitivo "Glosari" catalan y de su actual "Nuevo Glosario" castellano se encuentran muy bellas páginas hermenéuticas de las gestas literarias, especialmente extranjeras. Mas las devociones estéticas del antiguo "Xenius" le conducen al sector de lo plástico. De ahí sus glosas sobre pintura antigua y moderna en libros tales

como "3 horas en el Museo del Prado" y "Mi Salón de Otoño" qué al margen de aciertos interpretativos, establecen una peligrosa confusión entre lo clásico y lo académico; pues el Glosador llevado de su prejuicio clasicista, exalta a Poussin—arquetipo, a su juicio, del mejor clasicismo—mientras condensa muy arbitrariamente en el Greco todos los pecados románticos.

La faceta crítica de Pérez de Ayala tiene expresión únicamente, hasta la fecha, en el campo de lo teatral: recuérdense sus dos tomos sobre "Las Máscaras". Y aunque la agudeza y penetración de su cerebro impecablemente organizado es muy grande, no nos hacemos muchas ilusiones de lo que puesto a comentar las nuevas tendencias literarias hubiese aportado, pues dada su fuerte trabazón humanística no llegaría jamás a colocarse en ese estado de silvestre "adamismo" intelectual, de violenta eliminación de las nociones adquiridas que para la comprensión de esas fórmulas se reclama...

Al margen de sus véleidades políticas Gabriel Alomar, mente de mas radio que calado, ha hecho algún tiempo crítica literaria: ha escrito mas bien unas modestas "impresiones de un lector", en ocasiones de tono lírico y elevado, pero maculadas, por un espíritu de excesiva acomodación a las mediocridades vigentes. A un tipo análogo de crítica pertenece la manera de "Andrenio", resaltante en su ultimo libro aludido. Razona serenamente. No se enfervoriza en entusiasmos ni se aborrasca en negaciones. Tal actitud está apoyada por un estilo liso transparente de una gran claridad expositora, que, en ocasiones, acierta con gran fortuna a condensar en solo dos líneas la silueta espiritual de un escritor. Pero en conjunto, y resumiendo, su crítica nos parece fría, mansa y neutra, sumisa a las categorías establecidas, nada vibrante ni arrostrada, y siempre comedida, aunque grisácea...

En cuanto a Manuel Bueno, que posee análogas características, nos interesa deshacer rápidamente la leyenda, la nube incensaria en que se halla envuelto por ciertos corifeos. Indebidamente se le

ha llamado el crítico de la generación del 98. Como la obra en que pudiera contrastarse tan halagueña apreciación no existe, no se halla publicada, y todo el bagaje crítico que le otorga tal título,—discernido por algunos de sus beneficiarios,—se reduce a algunos artículos amablemente apologéticos sobre sus compañeros no podemos considerarle sino como un crítico o revistero bibliográfico de menor cuantía. La generación actual no puede compartir fetichismos periodísticos ni tiene porque hacerse solidaria de juicios lanzados al voleo por los sembradores del mutuo-bombo. Y si quisiéramos juzgar a Bueno por su labor actual de periodista improvisador, de conformista amigable, de semi-crítico, que ejerceita en un suplemento hebdomadario, nuestro juicio tendría mas restricciones que sílabas.

6

Evacuada está rápida mirada revisora sobre los “enojosos precedentes”, salvado el pórtico del edificio, entremos ya directamente en las estancias de los críticos más cercanos, especialmente Caninos-Assens, Díez-Canedo y A. González-Blanco.

Con la publicación de “Los Hermes, los Epigonos y las Escuelas literarias”—subtítulos de sus primeros volúmenes “La nueva literatura” (1917) y “Poetas y Prosistas del 900” (1918), adquirió el lírico psalmista de “El candelabro de los siete brazos”—un nuevo aspecto: caracterizóse como el más genuino crítico, el más agudo y fervoroso glosador, el historiador lírico por excelencia—ya que no rigurosamente “histórico”—de los anales y las gestas realizadas por la generación que el vulgo llamó impropriadamente “modernista” y que él rotula “novecentista”, algo impropriadamente también, ya que este nombre—según ha discriminado polémicamente D’Ors,—corresponde más exactamente que a las figuras terminales finiseculares, a las de la generación subsiguiente, que han roto completamente los cordones umbilicales ochocentistas y aceptan plenamente la ideología y los módulos del siglo XX.

En el fulgurante y apoteósico “Preludio lírico”—dedicado a

sus compañeros de iniciación Literaria—que encabeza “Los Her-
mes”, Cansinos entona justicieramente el más júbilo epinicio, el
mas entusiasta himno de triunfo a las gestas, las obras y las per-
sonalidades del “pre-novecentismo”. Aunque otros críticos posean
los datos, los cheros las clasificaciones cronológicas y hayan tra-
zado—desde el punto de vista histórico—más exactos e imparciales
cuadros de esa época literaria, ningún otro, a mi juicio, consigue
como Cansinos transfundirnos la emoción lírica y el sentido idealis-
ta con las directrices estéticas que compusieron la fisonomía de aquel
periodo.

Y con esta simple observación creemos que quedan apuntados
los elogios y las reservas que merece el sistema crítico cansiniano.
Para él la crítica—así nos lo reitera en el prólogo de “Los temas
literarios”—es “como un bello anhelo de comprender” que se man-
fiesta en el artista al llegar cierto momento meridiano de la evolu-
ción literaria, respecto a su promoción. La crítica así practicada
“es un acto de devoción a los “hermanos” impulsado por el puro
anhelo de subrayar las bellezas conquistadas, y henchido del más
alto espíritu de solidaridad coetánea. “El crítico—agrega más ade-
lante—es sobre todo un creador que discierne y que amplía hasta
los demás esa mirada crítica que todo autor consciente arroja, de
vez en cuando, en los intervalos de su creación, sobre sus urdim-
bres y andamiajes”. Vemos, pues. que Cansinos-Assens entra en la
categoría de críticos-artistas que elevan ésta función a la categoría
de un arte—como quería Wilde—dotándola de virtudes creadoras
y colaboradoras, al identificarse espiritualmente con la obra inter-
pretada. “El crítico—nos asevera—en su más alta representación
es un lírico que expresa sus emociones íntimas en una pauta más
serena y tranquila que la de las lirás, pero es temecida por el mis-
mo ritmo celeste”. Con esta puntualización Cansinos se caracteriza
implícitamente a sí mismo como un lírico desdoblado en crítico,
más pródigo siempre en efusiones poéticas que en ideas criticistas
y más inclinado a la divagación herméutica que al rigorismo

valorador. Este es el motivo de que en general la crítica de este orden—como la suya—pierda, en ocasiones, la eficiencia deseada. al no guardar fidelidad al “sujeto” haciéndose autónoma, y escapándose a regiones divagatorias, muy sugestivas, cierto es más poco congruentes con el motivo inicial. Además, en el caso particular del autor de “Los temas literarios”, tal peligro se halla agravado por una invencible propensión a la benevolencia y al ditirambo, por un afán de conceder proporciones de “categoría” a la “anécdota”, como consecuencia de su temperamento exaltador, de su espíritu generoso y cordial que borra y falsea las verdaderas dimensiones de los seres. De ahí que a veces—y esta es una de las causas de que Cansinos no haya adquirido críticamente el prestigio merecido—su verbo caudaloso extiende una generosa y plural aceptación a todas las figuras de su época sin discernir bien los valores, haciendo demasiadas concesiones al “relativismo” y a la solidaridad coetánea, llegando incluso a una lenidad imperdonable... Este mal que parecía hallarse algo atenuado en su último libro “Los temas literarios”, ha vuelto a resurgir mas intolerablemente en los artículos que ha poco Cansinos-Assens ha comenzado a publicar en “Los Lunes del Imparcial” de Madrid—suplemento que constituye el mas desagradable e inimaginable amasijo de ineptias y antiguallas, y en cuyas páginas—parodiando una expresión de sus cronistas—“no se sabe que detestar mas”, si la bazofia literaria o las pésimas ilustraciones—genero “Blanco y Negro” o “Caras y Caretas”—. Pues bien, en una publicación tan “selecta” es donde ha venido a refluir ultimamente el rio crítico cansiniano. Y, ¡claro es!, las críticas que en tal lugar nos brinda semanalmente se hallan a tono con la mediocridad media, y su tolerancia cómplice con los poetas simiescos y los traficantes de la novela, es descorazonadora.

Por otra parte, Cansinos, desencantado de la aventura ultrafista, no se ha decidido a ser lector y exégeta de los modernos valores. Así vemos como en “Los temas literarios” se interna en la fronda

de sus "hermes" predilectos, localizando en ellos todas las alusiones y limitando a sus obras todos los puntos de vista, sin asomarse a los panoramas de vanguardia. Con tal restricción, este crítico nos evidencia lamentablemente que si en un momento dada,—cuando la florescencia ultraista—pudo sobrepasar sus primitivos límites e invadir campos más modernos, orientándose sagazmente a la interpretación de los novísimos módulos, después ha reaccionado, retornando fatalmente a su puerto de origen y anelando en aguas mansas el velero de sus inquietudes...

Remoto del público, estimado entre nosotros en un círculo reducido más generosamente conceptuado por los afines extranjeros, de Francia, Enrique Díez-Canedo ha sido considerado—desde la tribuna prestigiosa y masónica de la "Nouvelle Revue Française"—por su colega y nuestro amigo Valery Larbaud como el primer crítico español de nuestros días. Dada la carencia, casi absoluta, como vamos viendo, de verdaderos, de genuinos espíritus críticos modernos, la calificación discernida por el autor de "Barnabooth" no tiene nada de excesiva y — situados en ese plano de escepticismo, en ese punto "más allá del mal y del bien" de toda novedad, que a ellos les es caro—puede llegar a parecernos justa, aunque inevitable—y descortesmente—se nos venga a las mientes el refrán: "En tierra de ciegos...". Mas, prescindiendo de circunloquios, seamos con Díez Canedo tan sinceros e incorruptibles como él se jacta lícitamente de serlo con los demás. En su personalidad hay una mezcla de cualidades estimables y defectos desvalorizadores; defectos que no son propiamente tales, por sí mismos, sino mas bien por la ausencia de virtudes complementarias. Así, si por un lado se nos aparece poseedor de un espíritu agudísimo y perforante, de una curiosidad mental infatigable, por el otro—faltándole las cualidades complementarias que le engrandecerían—se nos muestra tímido, pacato, conformista, desposeído de todo entusiasmo y de una fé concreta anti-juvenil, incapaz de comprometerse. Tiene buen gusto, pero no siempre buen criterio—aunque

parezca paradójico. En trance de elegir prefiere no lo mejor, desde el punto de vista de la originalidad, sino aquello que se encuentre mas discretamente situado, sin demasiados perfiles acentuados e incapaz de hacer sombras. Le salva, con todo, su innegable probidad acrisolada, pero le perjudica—a nuestro juicio—su eclecticismo indeciso. Se halla tan lejos del entusiasmo cálido como de la negación violenta y encrespada.

En Díez-Canedo todo se resuelve en sonrisas, puntos medios e ironías. Quizá tenga razón, y su experiencia, más antigua que la nuestra, le haya llevado al convencimiento de que ese es la única arma posible). Su imparcialidad tiene tanto prestigio como la de un árbitro. La gente—en general, poco corajuda y combativa—del 98 y subsecuencias le estima y le ha hecho suyo, por eso: por su actitud equidistante.

Agudo, comprensivo, está lleno de simpatía—en principio—para lo nuevo—cierta novedad,—aunque jamas haya tenido una mano de adhesión decidida a lo que merece la pena: a lo que implica compromiso por su valor aun no aceptado. Conocedor de todas las técnicas puede improvisar en un momento el “pastiche” perfecto de los estilos más contrarios. Díez Canedo vive intelectualmente al día, “a la page”; pocos le superarán en el conocimiento cabal y minucioso de las literaturas actuales. Traductor impecable, ha hecho las mejores versiones poeticas de los parnasianos y simbolistas en su gran antología de “La poesía francesa moderna” (hasta 1912). Ha realizado escrupulosamente ediciones de tipo erudito y ha traducido con la misma limpidez a varios prosistas franceses de Francis Jammes a André Gide. ¿Y su obra crítica?—preguntará alguien. Pues en realidad—y por poco exigentes que seamos—debemos confesar que no existe: propiamente: se reduce a algunos centenares de artículos dispersos en múltiples revistas, de notas fragmentarias, escritas las más de ellas al hilo de la actualidad transfuga, y solo recopiladas fragmentariamente en un volumen de “Conversaciones literarias”

(1921). ¿Realizará aun una obra orgánica y considerable? Sabemos al menos que prepara la que tal vez sea "su obra" y que le revele ante nuestros ojos con nuevo relieve; una Historia de la literatura contemporánea muy amplia, documentada y cernida.

Andrés Gonzalez-Blanco, que si hoy se encuentra obsecurecido, disfrutó en sus primeros años, del 1908 al 1915 de un confortable prestigio de crítico contemporáneo, posee en cierto modo cualidades antitéticas a las de Díez-Canedo: El autor de "Los Contemporáneos" es la improvisación, la facilidad, la facundia, la plural aceptación, en entusiasmo irreflexivo. Tiene con todo, una vehemencia simpática, una mente lúcida, una memoria admirable. Su cultura, si no tan vasta como aparenta—merced al fárrago de citas que se acumulan invasoras en sus páginas—es bastante amplia, aunque en rigor se halle un poco detenida en los nombres que llenaban la época de su juventud, sin entrar en lo peculiar de nuestros días. En muchas ocasiones "su labor crítica—como escribe su camarada Casinos-Assens en "Poetas y prosistas del 900"—es un ameno divagar por los libros como un pretexto honesto para relacionar muchas reminiscencias estéticas, para unir bellas reliquis dispersas... Lo menos interesante en estos estudios críticos es el autor que se estudia: Gonzalez-Blanco ciñe sus hermes con tantas guirnalda antiguas y modernas que acaba por ocultarnos a su efigie."

Andrés González Blanco fué, en cierto modo, un precoz, que en tal anticipación encontró su beneficio y su pérdida. Así sus mejores libros son los primeros, los de sus veinte años: exceptuando una "Historia de la novela" (1909), en los tres volúmenes de sus "Contemporáneos" (1907, 10 y 12) y en su "Elogio de la crítica" (1911) hay páginas de una simpática penetración, que se leen con agrado y provecho. Después, todo lo que ha publicado es notablemente inferior. Su criterio descendiendo, su gusto se relaja, su sensibilidad se embota. Andrés González Blanco se deja ganar por el morbo del "compadrismo", por la tolerancia mutua y cómplice

de las figuras secundarias, en lugar de depurarse y elevarse. Ya Cansinos Assens le comparaba hace años con "un buen abate cortesano que de todo pecado absuelve a los torpes cortejadores de las musas." Multiplicandose en prólogos a infinidad de primeros libros gárrulos, prodigando sus elogios desconsiderados a escritores que le son notoriamente inferiores, abdicando de todo prurito exigente, Gonzalez-Blanco se ha hecho reo de un delito de lenidad, estética, de ausencia de probidad que ha causado su descenso en la escala de la estimación que regulan los mejores.

7

Vengamos ahora al examen de otro sector crítico, de espíritus mas nuevos, recientes y prometadores, sobre los que ninguna palabra, cargada de buenos augurios, puede tener empero un acento definitivo.

Alfonso Reyes, sonríe. Sonríe siempre comprensivamente. Su sonrisa tiene la misma lucidez meridiana de su espíritu clarisolar. Es la sonrisa de simpatía perforante, propia del espectador que situado en el punto confluyente de dos caminos, a caballo sobre dos rutas diversas y afines, España y América, vé desfilar atentamente la teoría de los hombres y las ideas contemporáneas. ¡Admirable actitud equidistante! Alfonso Reyes echa a rodar sus miradas por el "plano oblicuo" con una gran puntería crítica y nunca de un modo azaroso. Por ello solo enfoca los temas próximos a su sensibilidad y a sus dilecciones. Rehuye los panegíricos y las diatribas. Se limita certeramente a establecer la escala de sus "simpatías y diferencias." Todo lo no simpático es diferente, es disímil de lo nuestro—pudiera decirnos deductivamente. Exacto. Pero los mas jóvenes que él aun no hemos alcanzado esa cumbre de serenidad, y gustamos a veces de gritar radicalmente frente a todo lo que hallamos antipático o lejano..

Alfonso Reyes, a quien en Madrid ya considerábamos como

nuestro, nos ha dejado, como huellas memorables de su paso, cuatro sagaces e inapreciables volúmenes de crítica marginal: "Simpatías y diferencias." En el último, especialmente, rotulado "Los dos caminos", hay algunas de las páginas mas bellas "nuevas" y penetrantes que nos ha sido dado leer sobre figuras tan "explotadas" como Azorin, Ortega y Gasset, Valle-Inclán y J. R. Jiménez.

Simpatía, agudeza, lealtad: He ahí las mejores características del sistema crítico de Reyes, ensayista doblado de un erudito singular. Pues el autor de la "Visión de Anahuac" es el unico erudito en quien esta facultad no ha secado la lozanía de un espíritu joven, poseido de una vibración temperamental y de una curiosidad moderna que le incitáramos a prolongar aún más dentro, llevando su curiosidad hasta las regiones de la estética novísima.

Antonio Marichalar es un nuevo crítico, surgido al calor de la agrupación de "Índice"—en 1921, con posterioridad a la generación ultraísta, y de mas edad sin embargo que los poetas y críticos de esta clan, aunque los escamoteadores cronológicos haya pretendido confundir las prioridades... En unión de José Bergamín, Marichalar es la unica revelación juvenil de aquella revista—capilla, selecta y limpia, aunque demasiado confinada, cuyas páginas enrarecidas—¿habíase hecho un vacío de campana neumática?—no latían con el fuerte ritmo arterial de la vida plena, que nuestra época requiere. Marichalar se inicia como crítico un poco a la zaga de Díez-Canedo: participando de su mismos gustos y en análoga actitud ecéctica—(lo que no es un reproche; no vaya a creerse que hacemos la apología del parcialismo y de las banderías). Siente la comezón clasicista de la hora: se halla traspasado por los anhelos de clasicismo moderno que emproan en Francia André Gide y Jules Romains, y, sin desdeñar la obra de las vanguardias extremas, aspira a extraer de ellas normas reguladoras. Los artículos de Marichalar versan en su mayoría sobre literatos franceses: Proust, Larbaud, Valéry, etc. Su unica obra conjunta, hasta la fecha, es una pequeña conferencia "Palma" de divaga-

ciones sobre la crítica de arte. De la veintena de páginas que la intergran,—dicho sea sin ironía, como una simple observación— ni la mitad son “propriadamente suyas”: Estan llenas de citas, de referencias ajenas, hilvanadas por cierta intención común, aunque “Palma” no constituye un cuerpo de doctrina orgánicas. Saltando sobre ciertas reflexiones y sugestiones dispersas en torno al espíritu criticista actual, queremos subrayar solamente su predicación del “fervor”, con la que estamos acordes: “La crítica—dice— anda falta de algo muy importante: de fervor. Quéde para la escéptica ironía la glosa marginal, pero la inteligencia plena necesita fervor. Que con la fé se vé lo invisible”.

Su compañero de promoción, Bergamín, posee mayor audacia, mas movilidad espiritual. Juega con un surtido mas vasto de ideas y de opiniones. Tiene algo de malabarista circense, aliado a cierta violencia simpática de panfletario. Unas veces le resultan perfectos sus juegos de manos, sus escamoteos de platos, fuentes, vasos: mas otras veces le falla el pulso y rueda toda la vajilla al suelo con un poco musical “fracaso de cristales”. Su libro “El Cohete y la estrellas” es una serie de atomizadas “afirmaciones y dudas aforísticas lanzadas por elevación” filiales, en la estructura, de los aforismos de Eugenio d’Ors en “El Valle de Josafat” y de las pildoras polémicas de Jean Cocteau en “Le Coq et l’Arlequin”. Su vivaz librito va precedido de unas líneas en que Juan Ramón Jiménez, con esa prosa quebradiza y decadente, de aire pueril o enfermizo—mas que mallarmeano o gongorino—, llena de balbuceos, de incisos, de exclamaciones inarticuladas, reiteraciones de adjetivos y dobles paréntesis (fórmula en que segun parece ha venido a cristalizar ahora todas sus depuraciones, el remoto y gran prosista de “Platero y yo”) nos presenta a José Bergamín. Más el papel o la influencia del prolognista no termina, como fuera de desear, en la segunda y última página del prólogo, sino que tras-pasa todo el libro.

Hasta el punto de que el autor de “El cohete y la estrella”

aplica a la crítica de ideas y de hombres el mismo sistema convencional, exento de base crítica, caprichoso, exigente y maniático—¿Y por ende irresponsable?—de su maestro. Signo inequívoco de ello es la rehabilitación que Bergamín trata de efectuar con la poesía de Becquer—"un acordeón tocado por un ángel" y nada más, según el definitivo epitafio de Eugenio d'Ors—a costa de Rubén Darío, a quien acusa de "mal gusto negro" de "inconsciencia arribista"... Inadmisible. No seré yo empero sospechoso como incondicional de Rubén, ni tampoco ninguno de los que nacimos hace años agrupados precisamente por un anhelo común de ultraismo, que en lo lírico se reducía a un ultra-rubenianismo, con un gesto de reacción agresiva ante sus secuencias y seguidores. Y sin embargo, tampoco podemos acatar esta arbitraria pulverización de Rubén y de su obra tan fructuosa, en favor de Bécquier. Ello supondría una recaída en el romanticismo y en las peores delieuescencias, por capricho y a beneficio de un irredimible discípulo beekueriano—aunque en ocasiones de mejor calidad que el maestro—como es el autor de "Belleza".

En "El Cohete y la estrella" no hay páginas propiamente de crítica literaria. El autor apresura solamente entre sus malles aforísticas a aquellos que considera maduros para el elogio o el vituperio. Su "stroncature" de la sólida figura de Ortega y Gasset resulta fallida por completo, ya que contra éste no intenta ninguna seria argumentación. Se limita a oponerle su antipatía manifiesta, erróneamente, a mi juicio, ya que Ortega es uno de los pocos que otorgan, por el contrario, su simpatía comprensiva a los jóvenes y a los nuevos valores.

César González-Ruano—incorporado un tiempo a la falange ultráica—es un poeta joven con veleidades criticistas. Ha publicado ya tres volúmenes de crítica impresionista, poco valiosos en sí, pero demostrativos de un estado de espíritu interesante. El primero se titula "Azorín. Baroja. Nuevas Estéticas" (1923) y en la última parte, que pudiera ser la más sugestiva, solo hay unas cuantas anécdotas. Una estampa romántica de "Larra" (1924). Y aun

mas recientemente un libro de madrigales críticos. "Poetisas americanas", flores para enguinaldar las frentes de las musas activas, flores derramadas con una plural generosidad sobre todas ellas desde Delmira Agustini a Norah Lange. Mas las críticas de Ruano se resienten de improvisaciones. Les falta reposo, plenitud, cristalización. Lo juvenil neto no tiene nada que ver con lo inmaduro. El triunfo está en fundir fragancia y plenitud.

El método crítico de Salvador de Madariaga en sus recientes "Semblanzas literarias contemporáneas" donde lleva a las últimas consecuencias el sistema tainiano, estudiando a los autores — las figuras del 98 más Gabriel Miró — en función del medio y de sus peculiaridades geográficas nativas, si bien toma cierto ingrato aire didáctico, es muy curioso y estimable.

Con "La Revista de Occidente", publicación de aire eminentemente criticista, parecía que debiera haber surgido una nueva generación, de fuerte empuje y actitud propia. Sin embargo no ha sido así, lamentablemente. Y todo lo más que hemos visto ha sido la reaparición de algun crítico eclipsado — Ricardo Baera — o la acomodación a esta disciplina, en su aspecto elemental de recensimo bibliográfico, de algunos otros, procedentes del periodismo o de la lírica, como Fernando Vela, Antonio Espina y Melchor Fernández-Almagro. La publicación del "Ganivet" de este último — el mejor y más amoroso ensayo de interpretación sobre aquel gran precursor — será la revelación de un crítico, en cuya sensibilidad y agudeza cabe poner confianza. Adolfo Salazar, nuestro indiscutible primer crítico musical, ha examinado y palpado en ocasiones algunos libros con tacto seguro. Análoga — ¡y en otros tan desusada! — familiaridad con las claves y las signatures, se advierte en Jorge Guillén, poeta gongorino y catador de libros, que bajo el pseudónimo de "Pedro Villa" ha inaugurado en un cotidiano popular uno de esos "Correos literarios" cuya implantación general haría más fácil la expansión del libro.

En cuanto a alguien, que por haber firmado quizá mayor número de reseñas bibliográficas que ningun otro, creyese mere-

cer la categoría de crítico, al menos en su estado incipiente—aludimos a Rivas Cherif—declarémos que su fundamental reaccionarismo y su engolado y rancio estilo, tan indigerible, no invitan a colocarle en el friso nuevo de nombres prometedores. Tampoco, a no ser para señalar sus yerros y sus actitudes desviadas, importa hacer mención especial de revisteros periodísticos, tales como Mariano Benlliure y Tuero, Ballesteros de Martos y Astrana Marin, particularmente los dos primeros que se han izado, atrevidamente, sobre dos cotidianos populares poniendo cátedra de mal gusto y de ramplonería terrera.

Y finalmente, pasando por Gerardo Diego y Juan Chabás, llegamos a los mas jóvenes y augurales, a los espíritus netamente críticos surgidos de nuestra generación ultráista, a Eugenio Montes y a Jorge Luis Borges. Más alabardar este punto, permitiréis que lo considere como hito final. Ambos están demasiado próximos a mi radio mental y afectivo, demasiado mezclados a muchas de mis aventuras intelectuales, para que yo me decida a enjuiciar su labor incipiente. Hablar de Montes y de Borges sería hablar, en cierto modo, de mi mismo.

Y en cuanto a mí... la silueta de mi personalidad crítica... —Sin embargo—dirá algun lector intencionado, al llegar a este punto—aquí falta un retrato... Y yo, patrón y tirador foráneo, muy suspicaz :—Sí, pero el que ha usufructuado todas las balas inofensivas de esta jovial barraca del “pim-pam-pum”, ¿cree Vd. necesario, lector amigo, que yo me “decapite” a mi mismo? ¿Cree Vd. que pasará mucho tiempo, desde el instante de abandonar esta plataforma hasta el momento en que alguna de las figuras, sobre los cuales ensayé mi puntería, me apunte a su vez, por juego o represalia ? ¡Ah, no!, ¡conozco demasiado bien a mis caros colegas, a los que he utilizado como muñecos del “pim-pam-pum” crítico en este divertimento extraferial y fuera de abono...!

(Campos de Castilla, septiembre, 1924.) *Guillermo de Torre.*



Gustav Klimt

—.(45).—

P O E M A S

De Baladas y otros ejercicios líricos"
inéditos para "PROA"

LA BELLA ALEMANA

Frente a la Venus de Milo
Vimos la bella alemana,
Sorprendidos de la ufana
Gallardía de su estilo.

Fué en el Museo, y bien fácil
Pensar que dejó su plinto
De estatua y bajó al recinto
Por ser humana y ser grácil.

Para hacernos ver la forma
En su exacta maravilla
Y advertir cómo se humilla
Piedras que fingen su norma.

Y así admiramos la fina
Pierna, los ojos, la boca:
Ruda armada que provoca
La energía masculina.

Y aún, forzando el ataque,
De las cumbres de sus senos
Con mieles que eran venenos
Dos flechas nos daban jaque.

Bella alemana... ¿esta es
Ondina del Rhin, acaso?
¡Fuera del tiempo, en tal caso,
En que el Rhin era francés!

Porque solo así se explica
Que venza a la diosa griega
Quien tal gracia y líneas juega
Y alma y carne nos complica.

SUEÑO DE UNA SIRENA

Oh, divino milagro el de la mente
Que maravillas deslumbrantes crea,
Vibre de vida el cuerpo al sol, o sea
Que sin conciencia yazga en paz silente.

Bajo el misterio azul de la clemente
Noche, los sueños ruedan su marea:
Secreto instinto, vagabunda idea,
Recuerdo, muévense en el ser ausente.

Sin freno teje y borda fantasía
La mente, y fuego enciende, todavía,
Que me tornó, dormido, extraño amante.

Y así probé la cálida, inaudita
Suerte del largo ensueño alucinante
De una vírgen sirena hermafrodita.

Evar Mendez

EL ARBOL Y LA AURORA

Dios, airado contra el hombre que descubriera el fuego, lo transformó en árbol y dispuso el extravío de la aurora. Y así fué que, de pronto, surgió en lo más solitario y alto de un monte un pino que conocía el porvenir del mundo. La luz, los pájaros y el viento, ignorantes de la próxima tragedia, venían a descansar en su ramaje y narraba cada cual sus desventuras.

La luz decía: soy la mirada del sol. Todo se perfuma de claridad a mi paso. Persigo la noche por todos los caminos; pero jamás pude alcanzarla antes que ella se escondiera en unas selvas intrincadas donde siempre me extravió. No soy inmortal; partiré más allá de todo con el postrer resplandor de la última estrella.

El árbol sentía en sus raíces la conciencia de su cautividad.

Y dijo el pájaro: el mundo es pequeño. A veces, cuando vuelo, el horizonte me atemoriza y me detengo para cantar. El canto es un vuelo fracasado. Mi ilusión es cantar más allá del horizonte y volar más allá del espacio.

El árbol sentía en sus raíces la conciencia de su cautividad.

El viento que zamarrea los bosques y destruye los jardines, que arma las tempestades y revuelve el mar, dijo : Soy el prisionero de mi fortaleza; cuando me vuelve suave y bondadoso me llaman con un nombre femenino.

Y a la hora en que la luna fué el espejo del silencio, el temor del pájaro, el cansancio de la luz y el hastío del viento disolviéronse en la savia del pino solitario infundiéndole una profunda quietud.

La noche estaba a punto de refugiarse en sí misma y el mundo se angustiaba por la aurora tardía. Acallado el silencio musical de la noche, la luz era apenas una neblina azul. Cantaban los pájaros en vano y en vano se avivaba la brisa en el ramaje. La aurora no resucitaba. La luz estaba a punto de extraviarse en el cielo. El alma del árbol solitario, presintiendo la cósmica desgracia, juntó de su savia la luz del atardecer anterior e iluminó con ella lo más alto del ramaje. La aurora, guiada por este girón de luz, encontró el camino de la tierra. El día estaba salvado. Y este heroísmo del árbol apenas hizo estremecer de alegría a la mitad del mundo.

Entonces, Dios permitió a los hombres que inventaran el hacha.

Pablo Rojas Paz.



BRÚJULA DE BOLSILLO

LAS TRIBULACIONES DEL MOZO DE CAFÉ.

El deplorable contraste de colores en la originalidad de la indumentaria—que ya es lugar común entre los hampones y periodistas pobres (vágame la redundancia) armonizando con una barba de seis días—manifiesto de odio cordial al barbero—denuncian al enemigo irreconciliable del mozo de café.

En antecedentes de que el mozo de café es un ser que ha evitado complicar su vida con las dificultades, asperezas y evoluciones de cualquier oficio, debemos admirar en él—refractario al más insignificante esfuerzo cerebral—ciertos atisbos psicológicos que le permiten descubrir, con la perspicacia de un pesquisante, a cada uno de esos sujetos estrafalarios, conatos de poetas, críticos, ensayistas y novelistas, que irrumpen en el café con el criminal propósito de consumirle su provisión de paciencia, ahorrada en meses de vida sedentaria.

Esta adversión del mozo de café por los bohemios y especialmente por los clasificados dentro de la gran familia plumífera, se halla, por cierto, suficientemente justificada.

El literato lactescente, repleto de sí mismo, pasea su vanidad por entre las mesas y pasillos y apoderándose de las miradas de los demás parroquianos, las obliga a ayudarle a buscar la ausencia de un amigo. Y así, con las miradas prendidas a su indumentaria, se ubica en la mesa más solicitada y enciende el primer cigarrillo. El mozo, desterrando su habitual sonrisa, le sirve un pocillo de un líquido negruzco.

Luego de ingurgitar el café—que así se denomina a ese tóxico—extrae de un bolsillo un libro que, por su volumen, bien podría disfrazarse de Guía Kraft.

El mozo no se explica como ese sujeto ignora que el negocio ha sido establecido para que el transeunte beba un bock de cerveza o una tacita de café y a seguida se marche. Sin embargo, ¡es tan fácil comprender ésto! El día que ascienda a dueño de café, colocará en cada una de la mesitas, el lacónico cartel: "SEA BREVE" Poco o mucho después—esto parece no preocupar al sujeto engolfado en la lectura, pues vive al margen del tiempo—agrúpanse a su alrededor otros raros ejemplares de la especie humana.

Discuten en alta voz turbando el beatífico sosiego de un viejo parroquiano que aguarda el vencimiento de sus días leyendo, para rejuvenecerse, un viejo ejemplar de *El Sol* de Madrid, como un viajero en una estación de ferrocarril. En la estación de la Muerte arribará el anciano lector.

Inútilmente carraspea para imponer silencio, entonces se levanta y decidido a marcharse, echa a caminar cojeando, pues que tiene un pié en la Tierra y otro en la sepultura.

En verdad—piensa el mozo—esos señores carecen de vergüenza Gritan como si estuvieran en despoblado o en sus respectivos domicilios. Y su sistema nervioso que la calma había oxidado, se altera contemplando como se entretienen haciendo pajaritas de papel. No es inseguro que el mozo de café termine en la neurasteria, es decir, siendo un hombre superior.

—No cabe duda—reflexiona—que esos sujetos son anormales. En época de elecciones, lo normal sería que hablaran de elecciones y eso podría interesar al viejo lector de *El Sol*. Pero no, nunca se ocuparon de política, ni de la ley de alquileres, ni del último asalto que conmovió a la población, ni del desfale en las arcas del Estado que no conmovió a nadie por ser una lugar común. Nada de eso. Gritan hablando a propósito de la teoría del perspectivismo, de la decadencia de Occidente, de la nueva sensibilidad y la repercusión del "jazz band" en la literatura y en las artes plásticas, mientras el dueño, cogitativo, los contempla desde la caja, que es su torre de marfil. Y en la fiereza de ese rostro congestionado, capaz de in-

tímidar al más terne, hay un lamentable fracaso de bigotes.

—Podrían utilizar las plazas y los paseos públicos,—se dice el mozo de café.—Y si no desconociera la existencia de Sócrates y sus discípulos, esta reflexión le haría revivir aquellas pláticas filosóficas por las calles de Atenas.

Los que integran el cenáculo, ajenos a las tribulaciones del desdichado mozo de café, elogian mutuamente sus engendros, a la espera de la ausencia de uno de ellos para zaherirlo despiadadamente.

El cenáculo advina el grado de sensibilidad y el temperamento que posee cada uno de sus componentes. Allí es donde el escritor en pañales se encuentra a sí mismo y se llena de sí mismo.

—Hombre—le advirtieron—tu tienes espíritu crítico. Y desde entonces, el escritor en pañales, dióse a cultivar la crítica en su huerta cerebral como quien cultiva solanáceas. Desde ese día se debe a la “peña” y su obligación es escribir para la “peña.”

El mozo de café no para mientes en estas luchas intestinas del cenáculo, su interés lo induce a vigilar la salida, pues son muchos los que huyen sin pagar, con la rapidez de un cohete buscapié.

Los solventes, cuyos bolsillos padecen de una anémia agudísima, por convicción y por no rebajar la dignidad de un semejante, abominan de la propina. Los miembros del cenáculo, con sin igual desparpajo continúan abusando de la paciencia ilimitada del camarero. Si no fuera enemigo, por convicción, del Manifiesto, haciendo uso de un derecho consagrado en nuestra Carta Fundamental, escribiría un Manifiesto contra ese abuso y contra el abuso de confianza, del alcohol, de la mujer del prójimo, de la bondad y de la metáfora. No utilizaré esa arma cobarde que ya en visible decadencia en el campo político, pretende rehacer su prestigio en el mundo intelectual. Sin embargo, estamos ante un grave peligro. Estas tertulias se extienden como las epide-

mias y amenazan desplazar a la también numerosa familia de tahures de cuya existencia depende la subsistencia de los encargados de perseguirla. Se impone, como única medida eliminatoria la adopción de un polvo literaticida—que extermine esos hormigueros humanos—preparado mediante la incineración de la infinita cantidad de libros detestables.

Esto, si es que no queremos que lleve razón el mozo de café, al decir apesadumbrado : “¡El mundo está perdido....!”

EL HOMBRE DE LOS PATINES.

(Cuento infantil.)

En un pueblo extraviado en la inmensidad de un lejano país, había una vez un hombre cuya excepcional estatura distraía la atención de la gente.

Era muy alto, tan alto como el poste telegráfico que en aquel entonces no existía, temeroso, sin duda, de exponer su propia estatura al ridículo.

Dios, inclinandose un poquito, podía hablarle al oído y reprehenderlo tirándole de las orejas que más bien parecían dos grandes manijas.

Este hombre que nunca fué niño, siendo muy niño ya descollaba por su altura y todos le hablaban como si fuera una persona mayor. Por eso, se veía obligado a contemplar la vida, desde el punto de vista de una persona mayor.

En la escuela, su descomunal figura cerraba la fila de colegiales. Su estatura lo colocaba en condiciones inferiores con respecto a los demás niños y por ella lo creían capacitado para resolver los mas difíciles problemas. Si se equivocaba, lo que sucedía con frecuencia, como no tenía el atenuante de la pequeñez, sus compañeros le decían mofándose :

—¡No tienes vergüenza! ¡Tan grande...! Y se desternillaban de risa ante la confusión y el azoramiento y la sonrisa estúpida del pobre muchacho alto. Pero un día, desapareció. Abandonó la casa paterna y se dio a caminar por esas calles de Dios. Caminó leguas y más leguas...

Conoció los fumaderos de opio en los barrios chinos, bebió Old Tom Gin en las tabernas londinenses, recorrió la Bohemia exhibiendo su estatura en compañía de unos saltimbanquis húngaros y mas tarde trabajó en los grandes cafetales del Brasil.

Y se fué gastando...gastando...

Como la roca que se despeña y rueda y se convierte en un canto rodado, el hombre de mi cuento, canto rodado también, se fué gastando, hasta volverse pequeñito, pequeñito...

¿Cómo el enano de la calle Florida, abuelo?

—No, mas pequeño. Como el Pulgarcito que se cayó en la olla.

—Mira abuelo, yo conozco uno que se está gastando también. Ya no tiene piernas. En los muñones lleva un par de patines atados con pedazos de piolin...¡Cuánto habrá caminado!

—Calla... No comprendes. El hombre de los patines perdió sus piernas por casualidad. En el preciso instante en que cruzaba una bocacalle, estornudó y un automóvil que estaba en acecho, aprovechándose del estorudó le devoró las piernas...

En cambio, el otro, el hombre alto como un poste telegráfico, tan alto que Dios inclinándose un poquito podía hablarle al oído y hasta tirarle de las orejas que más bien parecían dos grandes manijas, ese hombre se gastó caminando. Después.... El niño se quedó dormido.

Enrique Gonzalez Tuñón.

R U B A I Y A T

(Castellanizadas del inglés de Fitzgerald por Jorje Borges.)

Ya levantan sus tiendas las estrellas
del agredido campo nocturnal.
Con Flechas de Oro el Cazador de Oriente
acribilla la Torre del Sultán.

Suena el Clarín del Gallo, en la Taberna
dice una voz :—Hermanos despertad !
¡ Si se seca la Copa de la Vida
ya nunca más se volverá a llenar !

Y aquellos que esperaban
de la Taberna fuera en el Portál
Breve es el Plazo, gritan si partimos
ya no podremos retornar jamás !

Con el Año que empieza, verdemente
el prado torna a su florida Edad,
de sus tibias cenizas los Deseos
a repetir las Súplicas vendrán.

El Iram i sus Rosas se perdieron
en la blanca extensión del Arenal,
pero aún la Vid nos brinda sus Rubies
i junto al Agua hay un Verjél de Paz.

David rezando calla, más la Flauta
del Ruiseñor alegre en su cantar
dice a la Rosa : Vino, rojo Vino
tu pálida Mejilla encenderá.

¡ Llenad la Copa. en el ardiente Estío
quemad el Manto de invernal Pesar !
El Tiempo es Ave que fugaz se aleja
Ya el Ave alerta sobre el ala está !

Rosas a miles nacen cada Día
i a miles mueren cuando el Sol se va
El mismo Mes que nos regala Rosas
arrebata a Jamshyd i a Kaikobad.

Ven con el viejo Omar i no lamentos
porque Jamshyd se fuera i Kaikobád
deja que llame Rustrum a las armas
o grite Jatim vamos a yantar !

Sobre el verde Tapete que separa
el campo en Flor del árido Arenal
¿ Quién al amo distingue del Esclavo
quién codicia la Fama del Sultán ?

Bajo el verde Dosel un Libro amigo,
una Bota de Vino, blanco pan
tu a mi lado cantando i el Desierto
fuera de veras el Jardin de Alláh.

Unos buscan la Gloria de este Mundo
otros buscan la Gloria Celestial
Venga el Dinero en mano i vaya el Resto,
deja el Tambor lejano retumbar.

En el Jardin, desatan sus corolas
los floridos Rosales y nos dán
el aureo Polen i aromado Incienso
que las Brisas esparcen al pasar

Las terrenales Ansias realizadas
Sombra de Polvo son i nada más !
como la Nieve en el Desierto brillan
un Instante fugaz.....

Oro atesores, despilfarres Oro.
La Tumba os mide con Criterio Igual
El barro de tu Cuerpo es siempre Barro
¡ Y el barro de la Tierra abonará !

En este Albergue en ruinas cuyas Puertas
son Noches i son Dias ¡cuanto Afán !
¡ Cuánto fiero Señor por breves Horas
detuvo el Paso i se volvió a marchar !

¡ Los Patios de Jamshyd ! donde su gozo
ardiera un día—albergan el chacal,
¡ Silvestres Asnos pastan a su antojo
donde desçansa el Cazador Bohrá !

Donde muriera el Paladin, las Rosas
como teñidas por su Sangre están
¡ Sueñas acaso de que blanco Pecho
estos Jazmines dicen la Beldad !

(Concluirá)

Omar Jaiyam (trad. Jorje Borjes)



Gustav Klimt.

ALGO QUE DIJO TAINE

¿A estas alturas Taine ? Sí. Pero no es Taine completo. No es Taine abrumador. Sólo es algo que dijo: "Así, por regla general, lo que nos interesa en un *sér* real, y lo que nosotros rogamos al artista que extraiga y reproduzca, es su *lógica* interior o exterior, en otros términos, su estructura, su composición y su disposición". ("Filosofía del arte"). He ahí toda una verdad humilde y definitiva. De la *lógica* interior o exterior se están olvidando, precisamente, los pintores y escultores "modernistas". Son orgullosos y desdennan esa verdad humilde y definitiva.

Lógica interior o exterior. Que no es lo mismo que la realidad por la realidad. *Lógica interior* a sea : señal de que existe espíritu. *Lógica exterior* o sea : señal de que existe cuerpo, forma. Afirmación de lo existente, afirmación de vida.

Sinteticemos, interpretemos, pero hagamos *lógica*. pongamos la razón, en la mirada. Y luego que ésta elimine, en un estremecimiento de vida nueva. Que la modernidad consista en la vida, en la manera de concretarla y no en el desdén hacia la pura *lógica* de las cosas. Hay verdaderamente, una *lógica* en todo lo estético. Por que hay una razón de ser, en todo lo estético. Todo es como es. Y la misión del artista es crear,—sintetizar ahondando,—dentro de la realidad. Ver lo que existe y nadie ve. La acuarela de la Naturaleza hacerla al óleo y, mejor aun, al aguafuerte. El yeso humano tras ladarlo a la piedra. Juzgar, analizar venciendo dificultades y remontar la universalidad del alma. Un poco de panteismo y sentir la emoción del mundo.

Antonio Bermúdez Franco.

Buenos Aires, Noviembre 20, 1924.

FRESCURA MATINAL

Mañanita fresca...

La atmósfera clara...

El cielo azul diáfano... Un gran sol de yesca...

(Mojarse las manos, refrescar la cara,
jugar con la espuma del jabón, cantar,
en la cuadrilonga pileta amarilla
oir borbotar
la canilla,
y ver cómo el chorro fresco y cristalino
—que parece frágil flauta de cristal—
logrando un motivo rítmico, argentino,
sonoro y alegre cae al aguazal!)

Mañanita fresca de la primavera...

—¡Señor, si tuviera,
un hato de ovejas y un perrito fiel,
cual pastor eglógico por los campos fuera
llevando en los labios músicas y miel!

VIAJE (Y ELLA)

Oh ventanillas de los vagones...

(Dios creó el ferrocarril?...)

Voy acodado, la cabeza fuera,
ebrio de viento... Chiquilín!

Hace una hora yo dormía
y ahora —¡cielos!— estoy aquí...

El maquinista de este tren
debe estar loco o borracho:
más que por rieles diríase que
vamos telegrafados...

En la mañana de primavera
El panorama es la calesita
donde giran las nubes, los árboles
y las torres de las capillas...

El viento, de los barriletes
se enamora como los niños...
Por eso que esta mañana
remonta todos los molinos...
(Y Ella en Azul —ciudad lejana—
qué estará haciendo a estas horas?
Estará pintando un paisaje
o estará regando las rosas?)

Mi sombrero es un pusilánime
sombrero de poeta urbano:
recién pasó un tren veloz
y él se asustó como un pájaro...

El maquinista de este tren
debe estar loco o dormido:
Qué hacemos aquí parados?

(Hemos llegado ya a destino.)

COMENTARIOS

A la Exposición "futurista" del Van Riel.

Hace unos días, la impotencia y el fracaso, se vistieron con trajes de circo y pegaron los monigotes de su mal humor en los amplios salones Van Riel. Unos inofensivos "pintadores" pretendieron burlarse de un artista inteligente sincero y estudioso. Pretendieron parodiar la obra serena de un gran muchacho embanderado en los vientos de vanguardia, que recorrió los museos, las academias y los cenáculos de Europa, en tren de ahondamiento, de trabajo fecundo e intenso, para volver a sus tierras trayendo el fruto de sus estudios que ofreció en un salón de Florida Emilio Pettorutti... Y hubo un revoloteo de renovación, y dos o tres gritos de envidia en los rincones del bajo fondo artístico.

¡Que buen humor! Que buen espíritu de broma! Y sobre todo que buen espíritu de bromá que se esconde en las bambalinas del anónimo, bastante mal disimuladas para que pudiéramos engañarnos. Dos o tres burgueses asustados que movieron las cabezas, como mochuelos—y una señorita que adquirió un cuadro de Pettorutti... Quiere decir que los bromistas, afirmaron el valor pictórico del citado artista.

Por eso, la broma abortó, y se bromearon ellos mismos. Los adivinamos; adivinamos sus rostros gozadores—de horteras en día de fiesta—detrás de la telas burdas e insolentes de inofensividad.

Pero a pesar de todo, creemos sinceramente que los autores de la parodia, han encontrado su verdadero camino. Y sentimos deseos de gritar—¡Aura!—como cuando se baila el pericón.

"Vale mas lo horrible que lo viejo"—decía Barret. "Vale mas deformar que copiar". "Vengan los monstruos si son jóvenes"... Y esos monstruos que descargaron en el Van Riel, un montón de cuadros malos, se han superado. Ayer, trabajando seriamente, eran pésimos pintores. Ahora, en broma, son malos, simplemente.

Se impone aconsejar a los chacoteros, que sigan por ese camino. Y sobre todo, que regalen otra vez a Pettoruti la oportunidad de vender dos o tres obras más.

En esa forma, pueden ganar el cielo de la inmortalidad... Y algunos comentarios nuestros tambien.

G T

Una carta de Ramón Gómez de la Serna.

El mayor de los 3 Ramones ha enviado a nuestra Redacción esta carta, doblemente importante por lo atañadero al escrito de Mariani que nos sucedió en el tercer número y por el viaje que promete :

AGENCIA GÓMEZ DE LA SERNA



Actualmente en :

“El Ventanal”

Estoril (Portugal).

Mi querido Borges : cuándo esperaba encontrarme en “Proa” el trabajo que para usted concebí por encargo dado a través de Guillermo, me encuentro con una alusion desagradable aunque la advertencia preliminar la desajusta de la revista.

Pena, más que ninguna clase de rabia, me ha producido la tal nota pues vuelve contra mi frente al público Americano la “única” nota adversa que se ha publicado en Francia respecto a mis traducciones en francés. ¿Por que no ha citado lo que han dicho Jaloux, Cassou, Folgairolle, MacOrlan, o cualquiera de los

que han hablado de esas traducciones? Por que no ha recogido la confesión espontánea de Valery Larbaud de que si alguien ha influido en él, he sido yo? No está bien entresacar de las notas de archivación de una revista de segundo orden una opinion de francés que reacciona contra las letras extranjeras, el único que lo hace cuándo en Paris antes era uso reaccionar siempre contra todo extranjero que parecia ir a penetrar en sus murallas.

Verdad es que todo es vulgar en cuándo aparece, en cuándo se produce—¿pero porque volverse contra lo que ha cuidado tanto como ha sido posible de su originalidad, si aun sufre el embite de los que lo encuentran demasiado original y en eso apoyan sus persecuciones? Lapidado aun por todo el periodismo al uso, sufriendo las persecuciones de los someros y los pusilánimes ¿he de sufrir tan pronto la reaccion de los rebeldes?

No es justa la cosa. El exceso de mis imitadores no debe hacer me pagar a mi la repugnancia que eso pueda producirles a los demás y el aviso político contra la acaparación no puede herirme a mi, que tan lejos de toda política estoy buscando la inspiración pura de cada hora, sin perder una.

Pero después de estas confidencias que se me han escapado como queja íntima, pues bien sé que usted no necesita la queja pues se adelantó a ella en contradicción con ese escrito, quiero anunciarle que voy a ir con José Ortega y Gasset, en Julio dispuesto a dar unas animadas conferencias en Buenos Aires.

Creo que puedo ser optimista al calcular los grandes grupos de juventud y con ese optimismo y mi palabra cuento para esa primera ida a Buenos Aires. Abrazaré asi a muchos amigos desconocidos y propalaré desde el escenario y la tribuna nuestra nueva oratoria y nuestras nuevas concepciones y paradojas. La visita anunciada se va a cumplir y tendré el gusto de abrazarlo en su casa.

Le abraza su camarada,

Ramon.

COMMERCE

COMITÉ DIRECTIVO
PAUL VALÉRY
VALÉRY LARBAUD
LEON PAUL FARGUE

7 RUE DE L'ODEON
PARIS

La Nouvelle Revue Française

Revista Mensual de Literatura y Crítica

II.º AÑO

Director: JACQUES RIVIERE
Secretario: JEAN PAULHAN

Aparece el día 1.º de cada mes

3 RUE DE GRENELLE (VI)
PARIS

INTENTIONS

REVISTA MENSUAL

M. PIERRE ANDRÉ - MAY
DIRECTOR

RUE PHALSBURG (XVII)
PARIS

La Revue Européenne

REVISTA MENSUAL

COMITÉ DIRECTIVO

EDMOND JALOUX
VALÉRY LARBAUD
ANDRÉ GERMAIN
PHILIPPE SOUPAULT

Aux Editions du Sagittaire en lo de
SIMON KRA

6 Rue Blanche PARIS

REVUE DE L'AMÉRIQUE LATINE

Llega a Buenos Aires hacia el 25
de cada mes

DIRECTOR
E. MARTINENCHE

2 Rue Scribe
PARIS

REVISTA "R O D Ó"



CASILLA 6019
SANTIAGO DE CHILE

EDICIONES SAMET

NOVEDADES

Evar Mendez.—Las horas alucinadas. Nocturnos y otros poemas. (Ilustraciones de Alfredo Guido) \$ 2.50

R. Saenz Hayes.—Blas Pascal y otros ensayos. Estudios sobre autores franceses, españoles e ingleses. . . 2.50

R. Zapata Quesada.—La infidelidad de Penélope. Primer premio del Concurso Literario de Cuyo 2.50

FONDO EDITORIAL

Eduardo Gonzalez Lanuza.—Prismas \$ 1.80

Héctor I. Eandi.—Pétalos en el estanque 2.—

Nora Lange.—La calle de la tarde. 1.—

C. Delgado Fitó.—Sed . . . 1.50

Pedro Leandro Ipuche.
—Alas Nuevas 2.—

Pedro Leandro Ipuche.
—Tierra Honda 2.—

Francisco M. Piñero.—
Cerca de los hombres . . . 0.40

TODOS LOS LIBROS

Servicio especial para provincias

Av. de Mayo 1242

BUENOS AIRES

Noticias Literarias

Revista Mensual
de Bibliografía y Crítica

DIRECTOR
CESAR OLMOS

SUSCRIPCION ANUAL \$ 2

CANGALLO 876

2º PISO

VALORACIONES

Humanidades, Crítica y
Polémica

Director
Carlos Américo Amaya

Revista editada por el
grupo de estudiantes
"RENOVACION"

Administración
57 N° 404 La Plata

No hay artículo de tocador, tan imprescindible y benéfico para una higiénica "toilette", como el agua de colonia: y si ésta es de buena clase se duplican los beneficios. En el AGUA DE COLONIA

A N T I N E A

tiene usted un producto de superior calidad y exquisito perfume, de perfecta destilación y notable persistencia odorífera, que por su fabricación económica se halla al alcance de todos.

PRECIO: 1 frasco \$ 5-

1/2 frasco, \$ 2.65: 1/4 frasco, \$ 1.65: 1/8 frasco, \$ 0.70

Perfumería MENDEL

En Buenos Aires: Calle Guardia Vieja, 4439. - En Rosario de Santa Fe:
Calle Entre Ríos 864 - En Montevideo: Calle Cerrito 673 - En Asunción
(Paraguay): Calle Alberdi 217

PIELES LOPEZ

FUNDADA EN 1880



PARIS.

37 Boul. de Strasbourg.

BUENOS AIRES

Florida esq. Córdoba

U. T. 31, Retiro 0166

DOSE



Administración
de propiedades
y mandatos

CANGALLO 467

U. T. 31, Retiro 0166



CAFES TORRADOS AGUILA

Café AGUILA Superior

CHOCOLATES AGUILA

CHOCOLATINES
AGUILA

BOMBONES "NEC PLUS ULTRA"

Fabricas en
BUENOS AIRES
y
MONTEVIDEO

150
SUCURSALES
SUDAMERICANAS



FABRICA PRINCIPAL Y ADMINISTRACION GENERAL
CALLE HERRERA 655 BUENOS AIRES

Dr. E. R. Bernasconi Cramer

OCULISTA

1468 - JUNCAL - 1468

U. T. PLAZA, 1511

Dr. Carlos F. Rophille

Médico Interno del Hospital N. de Clínicas,
adscrito a la Cátedra de Medicina Operatoria.
Jefe de trabajos prácticos de Clin. Ginecológica

1637 - VIAMONTE - 1637

Consultas de 16 a 17

Unión Telef. 2975, 3421 y 1600 Juncal.

Dr. ANTONIO EGÜES

Médico del Instituto de Clínica Quirúrgica
Hospital de Clínicas. Consultas de 14 a 18 h.

2009 - MELO - 2009 - 3er. Piso

U. T. JUNCAL 2056

ARTURO J. RISOLIA

MÉDICO CIRUJANO

736 - PUEYRREDON - 736

U. T. Milre, 0955

CONTRALUZ

POEMAS DE PEDRO V. BLAKE
A C A B A D E A P A R E C E R

ANTOLOGIA

Director y Administrador

Enrique Días de
Guijarro

Estados Unidos

1158

U. T. 25, B, Orden 1180

Buenos Aires

NUEVA GENERACION

Revista Mensual
de Arte

DIRECTOR

N. Peña y Thode

Dirección y Administración

Arenal Grande 1784

MONTEVIDEO

INICIAL

Revista de la Nueva
Generación

Directores

Roberto A. Ortelli, Home-
ro Guglielmini, Roberto
Smith, V. Ruiz de Gala-
rrela.

Dirección y Administración

Avda. de Mayo 634

F. GEORGES

Les meilleurs modeles
des grands couturiers

PARIS

35 - 37 BOULEVARD

BUENOS AIRES

658 CHARCAS

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO

Emilio Suárez Calimano

DIRECCIÓN

LIBERTAD 543

Buenos Aires

ALFAR

DIRECTOR

JULIO J. CASAL



Cantón Pequeño 23

LA CORUÑA

ESPAÑA

GHISO

JOYEROS

ALHAJAS - PLATERIA

Representantes únicos de los Cristales de René Lalique
ANTIGÜEDADES

Porcelanas de China, Persia, España. Francia e Italia

Cristales de roca, jades, lacas y lacas cromandel.

Abanicos, miniaturas, relojes, muebles, cuadros, tapices, arañas
y pinturas decorativas.

FLORIDA 778-82-89

Buenos Aires

U. T. 31, RETIRO 0051

Sucursales París: 13 RUE AUBER

Cooperativa Artística Ltda.

CORRIENTES 641

U. T. 2858, Avenida

Grabados

Agua fuertes

Objetos de arte



Reproducciones

de arte antiguo

y moderno

GRAN TALLER DE MARCOS

PRECIOS EXCEPCIONALES

PROA

AVENIDA QUINTANA 222

PRECIO DE SUSCRIPCION

Trimestre	\$ mn. 2.50
Semestre	 5.—
Año	 10.—

EXTERIOR

Año	\$ o/s. 5.—
---------------	-------------

PROA vivirá si consigue bastantes suscriptores. Suscríbase y suscriba sus amigos.

Número suelto	\$ mn. 1.—
-------------------------	------------